

© NUEVAS ESQUIRLAS

Ganadores del Premio Alfonso Alcalde

3er Concurso Regional de Creación Literaria

© Ediciones Balmaceda Arte Joven

© Editorial Al Aire Libro 2.0

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-Sin Derivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia, visita <http://creativecommons.org/licenses/by-nd>

Diseño de portada Rebeca Rodríguez

Foto portada Jenny Ziehlmann

Encuadernación Ruth Suazo

Nuevas Esquirlas

Ganadores

Premio Alfonso Alcalde

3^{er} Concurso Regional de Creación Literaria

Balmaceda Arte Joven - Editorial Al Aire Libro

Concepción, 2016

Prólogo

El Concurso Regional de Creación Literaria organizado y convocado por Balmaceda Arte Joven sede Bío Bío se llevó a cabo por vez primera el año 2008. Al año siguiente, 2009, le segunda versión se realizó ya en alianza con Al Aire Libro Editorial y tomando el nombre del escritor Alfonso Alcalde como una forma de homenajear a un autor fundamental de las letras nacionales, en cuya figura encontramos no sólo una pertinencia territorial pues según sus propias palabras eligió nacer en la Galaxia Tomé, sino que además en su obra se da cuenta de un ineludible espíritu joven, lúdico, diverso y multidireccional, características que también se hallan en la base y origen no sólo de este certamen, sino del hacer íntegro de Balmaceda Arte Joven. Se trata finalmente de brindar a los más jóvenes espacios e instancias para dar a conocer sus búsquedas y expresiones literarias.

Hoy hemos vuelto a convocar y a premiar a un grupo de jóvenes de la región, tras un lamentable receso que huelga decir se debió a las prioridades financieras y a carencias presupuestarias que dan cuenta que la cultura y el arte no son siempre prioridad para los gobiernos. Sin embargo, y habiendo aprendido de las experiencias previas, estamos haciendo el esfuerzo por asegurar la periodicidad del Concurso Alfonso Alcalde estableciéndolo como bianual, de suerte que debiéramos estar llamando a su cuarta versión –la presente es la tercera- para el 2018, cuando Balmaceda Arte Joven sede Bío Bío cumpla 20 años de trabajo ininterrumpido en la educación artística no formal y la extensión cultural. Acaso entonces nos propongamos el desafío de abrir aún más el espectro, puesto que los géneros literarios en el mundo actual se cruzan, se conectan, se difuminan; y es cada vez más difícil decir ante un texto “x”, si se trata de una prosa poética o de

un microcuento, por poner un ejemplo. Estamos atentos a esa maleabilidad, a esa experimentalidad. Son los propios jóvenes quienes nos van señalando el camino.

No puede haber buena escritura sin buena lectura previa. Los viejos escritores lo repiten una y otra vez: para ser un buen escritor hay que ser un buen lector. Un ávido lector habría que agregar. Hoy, cuando nuestro país registra vergonzosas cifras de comprensión lectora –casi la mitad de los estudiantes chilenos no entiende lo que lee-, todos los esfuerzos son validos para superar este déficit. Y este Concurso Regional de Creación Literaria que se suma a los talleres, lecturas poéticas, encuentros de escritores y presentaciones de libros, son un pequeño aporte desde Balmaceda Arte Joven Bío Bío a esta gigantesca tarea.

Dicho esto, esperamos que el lector sepa apreciar y ponderar a estos jóvenes que dan sus primeros pasos en la literatura. A ellos las felicitaciones, y a usted los deseos de un buen viaje por estas páginas.

Pablo Gaete Villegas

Director Balmaceda Arte Joven

Sede Bío Bío

Concepción, octubre de 2016

POESÍA

1^{er} Lugar

CAMINO

Eric Ariel Mercado Guardiola

Con 26 años, Eric vive en la comuna de Talcahuano y estudia Pedagogía en español en la Universidad de Concepción. Su imaginario poético se nutre principalmente de la observación atenta del entorno y de la busca de voces poéticas singulares. Para esto, su ejercicio predilecto consiste en recorrer las calles de Talcahuano dialogando con sus habitantes (pescadores, vendedores ambulantes, transeúntes, etc.) o, a veces, nada más caminar escuchándolos, con morbosa fascinación, sin que se percaten. A lo anterior se suma, sin duda, la influencia que ejerció en su infancia los relatos bucólicos de que le narraba su abuela acerca de sus vivencias campesinas, feriantes y religiosas.

DESPUÉS DE NACER

Nacer cada día para darme cuenta que es la misma vida
El mismo rostro frente al mismo espejo
El mismo cepillo para los mismos dientes
Los mismos pensamientos que se rebobinan y
redundan en un poema perenne...

En la primera acción valiente del día, levantarse
Desayunar nada copioso
un caprichoso pan añejo recalentado que sabe a tubo de
/escape
remojarlo en un café deslavado que no es café, sino
/nescafé

Salir de mi tugurio estrecho y frío
para regatearle el pasaje a un chofer vetusto
que me clava una mirada iracunda
con sus ojos de martillo oxidado

Llegar a una escuela que se llama como una aeronave
/militar: f-590
Entrar en una sala pestífera de baño químico
con mocosos indómitos y sordos que portan fósforos
Enseñar el contenido oficial esperando que nadie aprenda
/saludar

despedirme de mala gana a
de las pretenciosas hienas colegas
sentir alegría inconmensurable de escapar, de irme, de
volver

Llegar, recostarme en la telaraña más cómoda y
Dormir, ser feliz, fenecer en el vilo,
sin la nece(si)dad de vivir... Y Soñar
con perros que surcan techos cazando palomas
Con mi p/madre muriendo en mi primer nacimiento
Con mi corazón cayendo desde un dron
En las fauces volcánicas de la tierra
Con el amar que se acaba después de ella/cular

Para luego retornar al umbral del desvelo
Y Nacer de nuevo para darme cuenta que es la misma
/vida
El mismo rostro frente al mismo espejo
El mismo cepillo para los mismos dientes
Los mismos pensamientos que se rebobinan y
Redundan en un poema perenne...

Vivir así es intentar jugar al pool con un cordel
Mientras se bebe de una botella vacía

POEMA 14, INICIACIÓN DE UN MISÓGINO

Cualquier día la invité a mi casa con la excusa que tenía
/muchos juguetes

Una vez ahí descubrió que no había más que un
/caballito de palo y un botón

Para que no se fuese le ofrecí comida pizza creo que
/le ofrecí

Entonces la senté a la mesa y le serví mi amor bien
/calientito

Sin embargo fue un puñado de tierra en mi cara su
/contestación

Y se salió cabalgando premurosa en el caballito de palo

Hasta su bici rosa con rueditas

Estacionada a un costado de la caja del gato

Tirado en el suelo falsificando a un feto disforme

Sin soltar mi botón lloré una profusa tormenta de
/océano pacífico

Tanto que la tierra congestionada en mi cara formó un
aluvión

Que me atoró como tragándome todos los dientes

Antes de salir para nunca se dio tiempo de galantear al
gato

Que sentí envidia sana de matarle -al gato-
Después volvió su rostro pirotécnico y dejó caer su
/lengua inicua
Sobre mi primera maricona humillación...
Para borronearse de a poquito entre mi llanto
Y ni siquiera dejar cerrado el portón

POEMA 15, FEMICIDIO

Me gustas cuando callas, porque me siento más fuerte
Y me oyes desde lejos y vociferas como una loca
Parece que los dientes se te han volado, amor
Por el beso de mi puño que te cerró la boca

Con todas mis cosas intenté llenar tu alma
Pero no de esas cosas se llenaba tu alma vacía
Putita de ensueño te pareces a tu alma
No mereces ni mis palabras, mal agradecida

Me gustas cuando callas y no intentas rogarme
Aunque siempre estás quejándote, mariposa sin orgullo
No me supliques más, porque tus súplicas no me alcanzan
Déjame que me embriague con el silencio tuyo

Deja de hablar, mierda, vuelve a hacer silencio
Después te compraré una lámpara o un anillo
Eres como la noche, callada y desolada
¿Querías ser una estrella? Pues nunca tuviste brillo

Me gusta que te calles, que estés como ausente
Distante y dolorosa, como si hubieras muerto
Ni una palabra entonces, tu derramada mirada basta
Y estoy alegre, alegre que sea cierto

EL POETA DE ESTE MUNDO

El poeta ya no es un pequeño Dios
Hace rato que ya no vive en el Olimpo
Ahora prefiere la celeridad de la ciudad
Y los espectáculos masivos
Pero tampoco escribe anti-poesía
Más aún, ni siquiera escribe (balbucea por whatsapp)
El poeta ya no es un existencialista bohemio
Ni un romántico, ni un realista ni un lárlico pastoril
Nada entiende de vanguardias artísticas
Se conforma con el reggaetón y la televisión
Ya no quiere representar mundos con el vehículo de la
/palabra
Ni se interesa por el guijarro o el picaflor

Los poetas hace rato descendieron del Olimpo
Porque los héroes cambiaron de ubicación
Los poetas desdeñaron sus dialectos y sus lenguas
Y se fueron a probar de futbolistas buscando algo mejor
(Los que no lo consiguieron están distribuidos
Entre los sectores secundario y terciario)

QUE ME AMA

Hay una persona que me ama

Por sobre todas las cosas de este mundo me ama

A pesar de que yo no he correspondido como se
/merece

Cuando es el día de vernos no hace nada más que
/esperarme

Aunque con la incertidumbre de un paraguas en el desierto

Es que a veces no llego porque me quedo “estudiando”

Sin embargo son más felices esas tardes en que nos
/congregamos

(Acerca de cuándo no me aparezco hablaré después

Como ahora y es que si ahora escribo es porque
/no estoy a su lado)

Cuando nos vemos

me pregunta cómo me ha ido y que si puede dormir
/conmigo esta noche

que le gusta que durmamos abrazaditos cuando llueve

yo le digo que sí, que bueno, y ya está sacándose los
/calcetines arriba de la cama

Recuerdo cuando nos conocimos

lloraba como si fuese de otro mundo de un lugar mejor

al tiro le dije que le quería que no importaban otros días
que ese día serían todos los días para siempre
entonces tomó un trago de aire y me aprobó con un
/llanto más potente

Pero lo cierto es que todos los días no fueron iguales
La mayoría eran días en que sin vivir lo hacía siendo otro
Uno que sin razón ni negación aparentaba no quererle
Hasta que le alejé en manos de gente que no quería
/alejarme de mí

Entonces pagué con náuseas y dolores esa soledad
/grasienta

Y las incoherencias y desidias que vomité sobre los
/cuadrados del papel

Nunca me transportaron a un lugar más acalorado

Pues no podía ser feliz a la hora en que le sabía
/esperándome

Luego de ese llanto despabilador recuerdo que me miró

Y nunca antes me vi reflejado en algo como en sus
/magnos ojos difusos

Y parece por su sonrisa que hubo de sucederle igual

En la actualidad hay una persona que me ama y yo le
amo lo mismo

El resto como la historia es un relato subjetivo

PIRÓMANA

Tú

....Tú

.....Tú

Fuiste Tú

La Que

Con Tu

Mirada

Flamígera

Hiciste

El

Incendio

De

Valparaíso

2do Lugar

**DEL AMOR AL DESAMOR
EN FRAGMENTOS DE TUS PARTES**

Paulina Elizabeth Paredes Vejar

Nació en Hualpén, el año 1995. Como consecuencia del trabajo de sus padres ambos teólogos, cuando tenía tres años se trasladó a Santiago, viviendo ahí hasta los quince años, para mudarse luego a Temuco, donde reside su familia hasta el día de hoy. Estudió un año de licenciatura en Historia en la Universidad de Chile y actualmente estudia Derecho en la Universidad de Concepción.

I

La constelación de la que eres parte
Sinceramente se me hace cercana
¿Me había detenido a mirarla antes
O sólo es un error conocido?

Se cae en pedazos
En cuadros
En destellos repletos de estrellas
Como una sombra sobre mi semblante
Se derrumba todo
Se caen los fragmentos

¿Debería empezar a unir los puntos?
Quizás en un primer instante
Debería saber qué hacer
Pero nunca en mi vida lo he planeado
Únicamente anhelo
El respiro del alba
El suspiro del atardecer
La ruina del anochecer

Naciste de una constelación próxima a la mía
Respiraste el mismo aliento de vida
Te formaste
Se me hace conocida tu sonrisa
Porque ya la había visto antes
¿O lo que ya he conocido es el error?

Si unimos los puntos en nuestros firmamentos
Quizás lleguemos a la conclusión esperada
La constelación de la que eres parte
Es mi Génesis
La constelación de la que soy parte
Es tu Éxodo

La constelación de la que eres parte
Tiene trazada en estrellas
Los puntos que forman mi corazón.

I

Extendería luego algunas de tus partes
Tu sonrisa jugosa en el norte
La brisa de tu respiración al sur
El color de tus dientes al oeste
Tus ojos entrecerrados al este
Y las miles de nubes reflejadas
En el mar extendido de tu piel.

II

Un pedazo de piel
Cortaste de mi pecho
Aún no recuerdo la hora exacta
Pero sí el día
El suelo estaba áspero
Y parecía de concreto
Permitiste que se rociara
Con mis pasos quebrantados
Y al pequeño temblor
Cambiaste a media luz

Nunca las rosas

Fueron parte de tus manos
Ni trepabas por medio de tu boca los altares
Me pregunto si algún día
Atendiste a mis parpadeos
Y los danzares de las hojas
Que caían en tu pelo

Un pedazo de piel
Cortaste de mi pecho
Y lo coloreaste
De todas las formas posibles.

I

Tatuaría un mapa en tu cuerpo

Un libro

La historia de tu vida

Genealogía

Árbol de vida

La rosa que nunca entregué

Y el corazón bombeando sangre

Un montón

Las estrellas que tienen tu nombre

Todas, todas

Sus derivados y las oraciones

Brillando

Las bajo

Las atrapo

Las endulzo

Y te las regalo

Te plasmaría en un libro

Te escribo

Una canción con tu silbido

Y el sabor de tu risa

El ritmo

Las notas

Ansiosas

Las voces

Temblorosas

Tatuaría en tu cuerpo

Las leyes

Los libros más grandes

Las poesías más surrealistas

Hebreo, arameo y francés

Y te puedo decir

Que me los aprendo de memoria.

I

Eres veneno
Envuelto en muchas capas
De benevolencia
Se escapan los lobos rapases
De tu mirada
Merodean buscando calidez
Los árboles no se iluminan
Cuando pasas cerca de ellos
El cielo no parece más azul
Ni los parajes más blandos
Cuando vas pisando
Pero aún te robas mi atención
En cada respiro que das
Y mi lamento es la escena
Que escogiste representar.

I

Sacudido por los fragmentos de sus ojos
Está en presencia de un espectáculo más
Algunos se envuelven en el barro

Brota de los peldaños escondidos de sus entrañas
El lugar desconocido, que algunos temen quebrar
Está hecho del polvo que arrastran sus pies
Y del agua sucia que vierten sus palabras
Una gotera turbulenta en los pasadizos de su interior

El gran dilema de la complexificación del alma
Algunos se envuelven en muchos abrigos
Se meten la mano en la boca
Suturan los puntos sensibles de su lengua
No pueden saborear, y las entrañas se les marchitan
¡Desearían incluso poder vomitar!

I

¡No quiero ser un robot!
No quiero repetir
Una y otra vez lo mismo
Ni hablar de algo sin sentido
¡Quiero masticar los sentimientos!
También los latidos del corazón
Para defecar lo inservible

Pero cuando hablamos del sentir
Hay cajas en nuestro cerebro
Con la etiqueta “recuerdo”
Que nunca está satisfecha
Sigue, sigue, sigue
Guarda todo

¡Qué será de los memoriones!
Más aún de los obsesivos
Si no les resulta algo
Lo intentan mil veces más
Lo imaginan mil millones más

Te propongo algo
Metámonos las muchas historias
Los corazones
El sentir
Los palpitos
Y el llanto
Por la boca
Triturémoslo todo
Y botemos al wáter
Lo que no nos hace ningún bien

Llegué a la conclusión
No soy un robot
Tú tampoco
Porque a pesar
Que no podemos botar el sentir
Sí podemos ir al baño.

I

Arroz con leche
Qué es lo que hiciste
Con todo lo existente
Lo de aquí
Lo de allá
Ya no me pregunto más.

I

En una oleada azul turbulenta
Los pájaros infames se sumergieron
Cerramos la boca después dijeron
Habían sobrevivido
Podían ver.

3^{er} Lugar

EL MACHUTÚN

Juan Neculqueo Domínguez

A sus 21 años Juan vive en la comuna de Lota y estudia Pedagogía en Educación Media en Lenguaje y Comunicación en la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Participó en esta convocatoria con el seudónimo de “Millatén”.

PERIMONTUN

Poseída por el espíritu de machi
la juanita danza al tam tam del cultrún,
sus movimientos son soberbios
y agazapados
sus gestos se vuelven punzantes
y lacerantes con cada imagen
que emana del cielo

Es al lado de un pajonal
en donde se presenta el perimon
ese es el infinito placer del trance
tejido de imágenes violentas
que anuncian la futura desgracia
de una tradición bárbara y milenaria

EL MACHITÚN

Del cielo baja el espíritu para
saludar al enfermo.

la machi con rostro violento y
gestos obscenos lo recibe,
sus gritos guturales y el redoble del cultrún
no merman hasta que el calcu
se rinda y devuelva el alma al enfermo

El canelo, el ajenjo y el palqui avivan
el trance de la machi y la guían es busca
del responsable, pero en su
búsqueda halla voces febriles que
se alejan del consuelo de la vida

Es así como el brujo sale victorioso
de la batalla y se lleva el alma de la
fuerza bienhechora

POESIA

MENCIONES HONROSAS

INVENTARIO DE ROSTROS Y OTROS POEMAS

Nelson Moncada Saavedra

Nelson es estudiante de Pedagogía en Español en la Universidad de Concepción. Además se desempeña como guitarrista de la banda de rock penquista “Flakka” y como escritor amateur de poesía.

AQUEL AMOR AMARILLO

Todo era poseía
cuando ella me poesía.

PORVENIR ROTO

Nacer y morir, dos ecos
recíprocos, siempre duelen
un par de ojos que se abren con cuchillos.

Sin el parto no hay ayer
ni porvenir, el dolor que más prefiero
es el de la piel nueva.

Y siempre el mismo río
de la memoria nos abre su regazo
y suenan sus piedras y brilla
con luz de origen.

Hay siluetas con ojos tan profundos
que sonríen por la vieja cicatriz
en el momento del cuchillo y del trueno.

Y entonces brilla
y brillará el cristal del que venimos
mientras la muerte no nos alcanza.

INVENTARIO DE ROSTROS

I

HOMBRE QUE MIRA POR LA VENTANA

Hay un hombre que mira por la ventana.
Sombra tiene, casa tiene, mesa y platos,
salud y relojes generosos, todo tiene,
pero más tiene ventanas.

Hay un hombre que vigila al mundo
desde el cristal perspicaz y abismante.

Entra a veces el viento a vestirse con cortinas
como novia
y con dulce voz canta la única canción
que el hombre conoce.

De isla en isla cruza su casa.
Hay más nostalgia que cosas, más océano que rincones,
y más ausencia que fotografías
aunque se escape de ellas
una sonrisa o una caricia de pronto
a rebotarle en las orejas, entrar en su piel,
y llenarle la casa de hijos y nietos.

Hombre con esqueleto perseguido
por ataúdes, nunca supiste quién ni cuándo
puso un punto final en tu carrera, y desde entonces
no escuchas el réquiem bajo tu cama
ni tras el espejo ni dentro del agua.

De tu rostro cae el discurso
de una lágrima lenta
que llora la siempre corta infancia.

II

NIÑO QUE MIRA HASTA EL FONDO

Siempre es bueno tener cerca
unos ojos de niño
que nos mire todo
lo que no hemos visto.

Porque llega con su alma liviana de décadas
que es como un humano sin humo,
y no termina de amanecer, brilla
con fuerza en los rincones, desnuda
culpables con agilidad.

La mirada es mariposa, y vuela desde mi dolor
a un pájaro, a un perro, a las gentes,
y vuelve a mi dolor
como un gracioso recorrido
por los colores de un paisaje,
que abre con violencia con sus terribles
párpados de niño.

GATO

Y el gato es una carretera infinita
donde la erre deambula,
Y es una garganta en la oscuridad,
seduciendo al viento
y al suelo con sus pasos
de aire caliente.

Y si se trata de piel
el gato conoce los códigos
mejor que todo incendio.
Entre todos los sujetos del reino
es el más parecido a un fuego
oscuro.

Dos segundos de gato
socavan más soledad
que todo silencio hondo.

El gato.

El
gato.

El gato da la espalda

como despidiendo la alcoba de su amante,
siempre se va
con actitud de olvido, ausente
es un adiós que no termina,
es el gato un amante oscuro,
y no puede el hombre mirarlo
sin ser mirado
hasta el fondo del esqueleto.

LA OSCURA FOSA DE LA MEMORIA

Felipe Ismael Burgos Becerra

Con 25 años, actualmente vive en Concepción. Participó en esta convocatoria con el seudónimo de “Algor Mortis”, término en latín que denomina la baja temperatura que adquieren los muertos.

UN MOMENTO

Un momento,
tan sólo un momento
es suficiente
en el tiempo de los muertos
para hallar el umbral oculto
hacia un pueblo devastado
por una bomba de silencio.

EL ENTIERRO

Sólo hay bosques,
senderos despiadados.
Una luz brotando bajo un árbol.

La tierra que se abre y se consume.
Un socavón sin nombre
en medio de la cripta profanada.

La caída espeluznante
del ataúd con el cuerpo.
La ruptura y la evidencia
de que el hombre será
tan sólo carne deshuesada.
Y no habrá hueso que perdure bajo tierra,
no habrá verdad longeva
que no sea desenterrada algún día.

FRÍA NOCHE CHILLANEJA

El frío chillanejo templó
mi fatídico cerebro.
Mi rostro palpable,
irreconocible,
se fuga de la noche luminosa,
hija de puta,
intratable.

EN UN BAR DESCONOCIDO

Ahogarse en la imaginación
hundiendo el rostro
entre los vasos quebrados
es la única salida desde
un bar desconocido.

Perderse en las voces
bajo un aguacero de estruendos,
lamer la botella sangrante como
la piel lacerada de una puta
sólo conducen al tormento,
la desolación del destierro.

Los sentidos se disuelven y
el fulgor de una mujer
cuando bebe su amargura
es el paraíso
antes de volver a la corrosión de la calle.

I

Oh! Preciosa desmesura.

Juntos,
este vals apretadito
y el beso con lengua.

Para ti
el orgullo de satán
y la jaula de los perdidos.
Para ti
no más sangre
que la que ya me chupaste.

II

Somos una esfera de humo.
La oscuridad de las calles.
El sol del infierno.

III

Oh Dios!
Fantasmagórico.
Creador de la magia y la sangre.

PEGA, MARTÍN, PEGA

¡Pega, Martín, pega!
Púgil puño de acero,
rompemandíbulas,
quebrantahuesos.

OSCURO ENIGMA EN LA CIUDAD

¿Dónde nos llevan cadáver adentro
en la tormentosa ebriedad de los siglos?
Alfonso Alcalde. El Panorama ante Nosotros.

Un lugar
no será más nunca algún lugar
entubado al pulmón
de una ciudad muerta
que engulle el veneno de su agonía
maldiciendo los miembros que la forman y
que no son miembros,
más bien, sino
palabras diluidas en sangre o
vírgenes drogadas
que mutilan sus cerebros.

Cortinas de humo y murallas
bloquean las rutas y sus señales y
no hay más caminos,
ni destinos,
ni huesos ardiendo en
la hoguera del insomnio.

Es quemada la población
en el horno de la miseria y
ya nada es perceptible,
ni aun el eco de sus sombras
que oscilaban en
el infierno del ocaso.

Crepitan los fragmentos
del cráneo metálico,
detonan las bombas y
esquirlas laceran el córtex temporal
donde el área 22 explota
como un hongo atómico
perforando el núcleo del lenguaje.

Se derrumba la farsa
hacia las tripas del abismo
y espectros derruidos
devoran la imaginación.

Ya no hay más nada que no sea
la apariencia de las cosas o
sus restos o
pedazos de las formas

de sus nombres
disueltos en la fosa de la vida
como si fueran
cadáveres hirviendo.

PERMANENCIA DE TU RECUERDO

Nunca fuiste más que un hermoso nombre.
Nunca fuiste más que una botella de cerveza
destapada con mis propias muelas.

Quizá fuiste una guerrera amazonas
sanguinaria con tus víctimas de ritos caníbales
o un cóctel molotov a punto de explotar.

Si la verdad no fuera más
que una palabra entre tus piernas.
¿Qué sería de este recuerdo
mordido por una jauría de perros
en una calle sin salida?

SOGA DE PALABRAS

Una noche junté palabras,
hilé una madeja,
tejí una cuerda del color de tus ojos,
una bella sogá
digna de tu hermosura.

Fue un regalo
para que te ahorcaras
y escribir un poema
acerca de tu
dulce muerte.

CRIMEN SINIESTRO MÚLTIPLE

“El acto del amor es lo más parecido a un asesinato.”

Leopoldo María Panero

Es un crimen,
contra mí mismo y contra ti.
Imposible volver a mirarte.
Imposible articular tus huesos otra vez.

Es un crimen a tu mortal anatomía,
una extracción de órganos
sin tu consentimiento.

La anestesia fue el veneno que me extrajiste,
poción que vaciaste en tu herida y
que lamiste hasta la última gota
para alcanzar el éxtasis.

Me recordarás como tu victimario,
un asesino deleznable,
el criminal que te condujo a la tumba
para aspirar el halo mortuorio
de tus ojos.

Aullaste hasta quedarte vacía,
exangüe como una arteria sin pulso,
aniquilada por tus gritos que yugulé
con mi propia linfa contaminada.

Lanzaste frenéticos impulsos,
convulsiones delirantes
hasta la ceniza de las horas consumiéndose
en la narcolepsia.

Ya no hay vida en tu boca mutilada y
la sombra de tu recuerdo fue diluida
por líquidos corrosivos.

Sin evidencia todo es una esperanza vacía y
sólo el silencio de una mancha de sangre
podrá arrojarnos al paraíso de la condena.

TUVE TU VASO/BAZO EN MI MANO

Tuve tu vaso en mi mano y
tu mano tocaba el agua de mi boca y
tu boca era una constelación perdida.
Bebimos del mismo vaso y
fuimos un solo cuerpo,
pedazos de metal recóndito
fundido en la hoguera
de tus huesos.

Pero sucedió un accidente,
una certera colisión,
una singularidad casi mortífera,
un impacto directo a tus entrañas,
suaves, macabras, sangrientas.

Y no hubo más solución que un bisturí,
disecar los tejidos.
Ligamos las arterias,
extrajimos una víscera destruida,
tuve tu bazo en mi mano.
Aspiramos sangre libre y coágulos,
lavamos delicadamente.

Cerramos todos los planos
primero profundos
luego superficiales
finalmente la piel.

Y quedará una cicatriz en tu abdomen,
una cicatriz dulce y hermosa
que pronto besaré
cuando tenga de nuevo
tu vaso en mi mano y
bebamos ese líquido
que tanto
tanto
nos destruye.

NARRATIVA

1er Lugar

NUEVAS ESQUIRLAS

ROMPIENDO LA TRANQUILIDAD DE

LA NACIÓN

Yessenia Márquez Pérez

Nació el 29 de julio de 1994. Vivió en una pequeña ciudad de la Región de Valparaíso llamada Hijuelas más de la mitad de su vida. Egresó del Colegio San Nicolás el año 2012 y se marchó a vivir a Concepción, sin conocer el lugar, ni tener familiares dónde llegar. Actualmente estudia periodismo en la Universidad de Concepción

Jamás he entendido cómo pueden vivir consigo mismos. Se gritan, se insultan, apagan la luz y comparten cama. Borrón y cuenta nueva, y a la mañana siguiente nada ha pasado. Besito en la mejilla y continuemos con nuestras vidas.

Jamás he entendido cómo no les pesa el alma de tantas penas que recogen cada noche y no se rompen. Es como si vivieran su amor de una manera loca y como espectador, no logro captar la película por completo.

A veces creo que son como meteoritos: llegan, se estrellan y destruyen.

El fin de semana desperté con sus gritos, con la voz de él mandándola a la cresta y pegando un portazo para encerrarse en su pieza. A eso de las doce y media, ella estaba en la cocina

— ¿Qué estai cocinando?

— Estofado, el Manuel tenía ganas de comer.

— Pero, oye... ¿No que te mandó a la cresta? Si fuera tú, que se cocine solito...

— Sí, pero si le cocino no podrá decirle a sus amigos lo mala que se supone que soy.

Ante tal lógica es imposible discutir palabra alguna, así que me doy media vuelta e inicio retirada. Camino a mi habitación, veo su puerta medio abierta y el cigarro consumiéndose entre sus dedos con una calma que sé que él no posee.

Nadie sale de su pieza hoy.

Nadie almuerza como una familia feliz este fin de semana.

El ambiente tan denso podría consumirnos por completo.

A veces, por las noches creo que pueden escuchar mis gritos silenciosos. A veces, creo que podré escaparme y fundirme en la oscuridad del cielo y jamás ser encontrada y creerme libre. Otras veces sé que soy parte de esto hasta que termine la historia, pero con un final tan incierto, aún no sé quién perderá la cabeza.

Me preguntó quién llamará a la Reina de Corazones primero.

No crean que todos los días son una batalla perdida para alguna de las dos partes. Hay días en los que podemos sentarnos y ser civilizados. Tampoco crean que son los menos. El humor bipolar de esta familia tiene sus etapas, pero somos honestos con nosotros mismos, o ellos son honestos con ellos mismos.

No vemos películas juntos, porque no somos ese tipo de familia.

No salen a comer, porque no son ese tipo de pareja.

No bailan, ni se dan de la mano.

Y creo que desde mi tiempo con ellos, jamás les he visto darse un beso.

Pero sí los veo compartir risa y tomarse el pelo. En los días buenos, él le dice que la quiere y que es lo mejor que le ha pasado en su vida. En esos días, quizás ella le sonría y no escuches salir de su boca ningún reproche.

Quizás se abracen o se den la mano en la mesa.

Son esos días los que me obligan a preguntarme si realmente esto es verdad y solamente me encuentro en una especie de trance. Quizás es algún mal viaje o me he inventado una historia completa. Y me permito estar tranquila esos días, creerme el cuento y reír con ellos, dormir serena sin preguntarme cómo será la mañana siguiente.

Pero alguien le da dos golpecitos demasiado fuerte al cristal, y puedo escucharlo romperse tan fuerte que me despierta nuevamente.

Tantas ganas de decirles que guarden toda su mierda y se vayan lejos.

Tantas ganas de gritarles que si no pueden consigo mismo, se separen.

Tantas ganas de decirles que no se dañan ellos solos, sino que son una bomba que está a punto de explotar y destruir todo a su paso.

Porque lo son, como una pequeña bomba nuclear que nos consumirá por completo. A toda esta pequeña casa, con todo y vecinos y familia. Con los gatos que maúllan por los techos y la señora que está sentada afuera, la que siempre observa y le cuenta a todo el vecindario la última copucha. Esa misma que nos mira en menos porque cree que somos una familia muy altiva.

Se puede matar a una persona con un par de palabras demasiado bruscas.

No es necesario tener cuchillo en mano.

No hay que jalar un gatillo.

Un puñado de palabras fuertes y luego un silencio profundo.

De repente tengo 17 años y me sigo preguntando cómo es que pueden vivir así. Y es ahí cuando me doy cuenta de que soy yo quien no puede vivir de esta manera.

Es un día en el desayuno, mientras me tomo el café y él baja en silencio. Ella duerme arriba y es uno de esos días tranquilos, pero aun así no me atrevo a decir palabra. Es ahí cuando noté que me harté de ser la espectadora de esta mala película, y que el precio de la entrada no vale la pena, porque no estoy segura de que este drama tenga un buen final.

«Ellos estarán bien por su cuenta», me repito cada día hasta que logro convencerme a mí misma. No estoy segura de llegar a creérmelo del todo, pero me lo repito como un mantra. Ellos estarán bien por su cuenta.

Y los días desfilan tranquilos.

— ¿Qué harás el fin de semana? — me pregunta ella mientras masco una manzana. Esta junto a la ventana, la luz de la mañana la hace lucir dorada, súbitamente es más joven y quiero abrazarla.

— Voy a dar una vuelta, deberías venir conmigo. Podríamos ir al cine.

Y quiero que responda que sí, porque quiero que salga de esta casa también. Quiero que note que afuera hay un mundo más grande que el que se encuentra dentro de estas cuatro paredes. Que sienta la luz del sol, que no

está atada a nadie, no como ella cree.

— No, estoy bien aquí.

«Ellos estarán bien por su cuenta», ¿Lo estarán?

Comienzo a empacar de a poco, para no levantar sospechas. Cuando no están por la cocina, me robo un paquete de arroz y lo escondo bajo de mi cama. Cuando están en sus piezas, me llevo un saco de dormir que está en el armario del pasillo. Cuando están durmiendo profundamente, abro la puerta y dejo que la noche cubra mis pasos.

No dejo una carta atrás porque sé que no es necesario, sé que entenderán el porqué de no encontrarme en mi cama a la mañana siguiente.

Son ciegos, pero selectivos. Ellos ven la mirada que les daba gratuitamente cuando alzaban la voz, veían mi ceño fruncido y escuchaban mis portazos que eran más fuertes que mis palabras de reproche.

Sabían que llegaríamos a esto.

Y así comienzo mi nueva aventura, con un par de billetes en el bolsillo y una mochila tras la espalda. Sin fotografías, sin recuerdos, sin mi celular para no ser ubicada.

Con el tiempo corriendo tan deprisa, no me doy cuenta cuando las horas se convierten en días, ni éstos en semanas, y en un momento, un mes es un año, y luego tres, y estoy sentada en una banca mirando a la casita pequeña de la que escapé sin decir adiós. Con sus ventanas con las cortinas desteñidas que jamás se abrieron para dejar entrar la luz, con la puerta con la pintura café descascarada. Suelo venir aquí y me siento de lejos a observar

cómo va la vida. Veo las siluetas moverse lentas, algunas veces creo que los escucho discutir.

Regreso como un drogadicto en busca de heroína, sólo para saber que siguen aquí, que no han logrado que el mundo explote. Por qué algunos días me gusta creer que aún pertenezco a la misma calle, de este barrio con olor a viejo, y cuando el sol se esconde, tomo el camino derecho y doblo a la izquierda, continúo hasta el final sin prisa, subo las escaleras, abro la puerta y enciendo la luz. Observo la casa cómo cobra vida y las voces pequeñas suben un par de tonos y unos bracitos me dan la bienvenida.

— ¿Qué tal tú día?

Lo observo a él en la puerta y nerviosa le digo que bien, que fue un día maravilloso y agotador. Jamás le he dicho que vuelvo todas las tardes a darme una vuelta por el lugar, aunque él me descubriera un par de veces años atrás. Comprende y guarda silencio, algunas veces se sienta conmigo y me da la mano.

Tomo a la niña en brazos y la llevamos a la cama, beso su frente y le doy las buenas noches. Apago la luz de su pieza y la historia vuelve a empezar.

Esta vez sin gritos que la puedan despertar a media noche.

Sin miradas dolidas, ni un mundo agrietado al que ella no pertenezca.

Esta vez las cosas irán bien porque se lo he prometido, porque esta vez al tomar el lápiz no partiré con un “jamás he entendido como pueden vivir consigo mis-

mo”, y cuando ella lea el final, nunca notara las esquirlas rotas que dejé atrás.

2^{do} Lugar

LA BICICLETA

Valentina y Lissette Arteaga Nova

Valentina (23 años) y Lissette (28) son hermanas y concursaron juntas en esta convocatoria bajo el seudónimo de “Cecilia Peter”. Actualmente viven junto a su familia en la comuna de Tomé. Ambas estudiaron en la región, Valentina Comunicación Audiovisual en Duoc UC y Lissette Antropología en la Universidad de Concepción.

Busco trabajo, hace rato que busco un trabajo. Busco algo para hacer y que estas ruedas ya no estorben. Siempre dicen que me van a llamar, deberían decirme que no, a la cara, pero les da vergüenza tratarme así, tal vez yo les doy vergüenza. He pensado en ir a buscar pega lejos, lejos de mi casa, de mi mamá y de mi perro, lejos de todo lo que supone que es mío, pero me aterra la idea, no es la idea de viajar, es pensar en que si voy en bus habrá gente que quiera ayudarme, gente que no me conoce y entre un par de personillas con buenas intenciones me van a subir al bus, tomarán mi silla uno por cada lado y me subirán y me van a tomar en brazos como si fuera un niño. Me hacen sentir miserable, me hacen sentir inútil, me hacen sentir una cosa, un objeto inanimado. He pensado en robar, pero no sé qué, ni tampoco cómo, la verdad no soy tan hábil con las manos como para sacar cosas sin que nadie note y ahora que lo pienso, no soy tan rápido.

Mi mamá es una vanidosa, tal vez todos lo somos un poco, pero ella tiene un espejo gigante en el living de la casa, cuando entro trato de no mirarme en él. Mi voluntad no es tan fuerte en estos días, así que me termino mirando. Es tan raro ver a ese tipo medio pelado, medio arrugado, medio gris, está ahí sentado en mi silla de ruedas, me mira pero no me sonrío, no tiene ningún motivo para hacerlo así que no le pido tanto.

Mi mamá siempre tiene la tele encendida, es adicta a su compañía, desde que murió mi papá la tele es su mejor amiga. Yo creo que esa tele es mala junta, es como la amiga a la que las mamás le tienen miedo porque la lleva a las fiestas, estoy seguro que esa tele le mete leseras en la cabeza a mi mamá. A veces me siento súper atacado por mi mamá y su tele, pero no les hago caso. Voy refri y

saco mortadela, me hago un pan con mayo y mortadela, me lo como en tres mordiscos, tomo otra rebanada de mortadela, le pongo una línea de mayo y hago un rollo que meto entero a mi boca. Voy a mi pieza y toco guitarra mientras me saboreo el bigote, cuando le paso la lengua a mi bigote y me pregunto si así se sentirá ser gato, pasarse la lengua todo el día. No toco tan bien la guitarra pero no me importa, no sueño ser Santana. Mi mamá grita, es un grito diferente, no le habla a la tele, me habla a mí. Me cuenta que vino la Laura, que me ha llamado hartito y yo no quiero saber de ella, ni de nada que tenga que ver con ella, así que cierro la puerta y toco la guitarra más fuerte. Mi mamá viene a la puerta y la golpea fuerte, dejo de tocar guitarra para escuchar lo que me dice, está gritando, dice que soy un cabro de mierda, que soy igual a mi papá, un borracho impulsivo y mentiroso, que así no es la vida y que todo lo que hago está mal. Tal vez eso último no lo dijo, no sé, lo único que sé es que no quiero saber de la Laura y que no quiero ser como mi papá. Como paso todo el día fuera mi mamá piensa que ando tomando, pero ando buscando pega, no le voy a contar eso, no necesito que alguien más me tenga pena o me quiera ayudar.

Es verdad que estoy todo el día fuera de la casa, pero es mentira que estoy todo el día buscando pega. Me gusta una mujer. Hace rato que no me gustaba alguien. Algunas noches, casi todas las noches, pienso en ella, se me pone el pene muy duro y me duele un poco, cuando eso pasa pienso que tal vez mis piernas se puedan mover de nuevo, pero me corro. Una noche me masturbé tantas veces, pensaba en su pelo, su cara, su cuerpo, me masturbé tantas veces que no pude dormir esa noche. No sé cómo se llama, pero tiene cara de Carla.

Carla era una compañera que tuve en la escuela, ella estaba en el octavo b, yo buscaba diferentes formas para poder agradecerle. Un día fui al joyero de mi mamá, saqué un anillo y se lo regalé. Mi mamá se dio cuenta casi al tiro, me hizo pedírselo, la seguí todo el día por la escuela y cuando estuvo sin amigas le hablé, solo yo hablé, no dejé que dijera nada, tenía miedo de que me diera las gracias por algo que le iba a quitar. Me salieron ronchas en la cara de vergüenza y nervio, las orejas me ardían, pensé que iban a explotar. Estuve todo el verano castigado y luego fui a un liceo diferente al que fue ella.

La Carla de ahora es nana en una casa por la que siempre paso, es una nana de las que usan delantal. Me gustan sus piernas, anda mucho en bici, llega en bici y se va en bici. Me gustaría verla caminar más, verla caminar cuerdas enteras. No creo que sea de acá, me tinca que es del sur más sur porque deja la bicicleta afirmada sobre la reja, sin candado, ni cadena, ni nada que la asegure. Debe pensar que toda la gente es buena como ella, es confiada. Cuando pienso en ella trato de imaginar cómo será su vida, tal vez tuvo un hijo de algún hombre casado, que la engatusó diciéndole que la amaba y ahora le dice que se separará pronto de su mujer, que odia a su mujer, pero que no puede todavía, por los niños, “lo hago por los niños, ya no la quiero, pero los niños me necesitan ahí”.

Cuando pienso en esas mentiras que se dicen, pienso en todas las mentiras que siempre nos estamos diciendo, por ejemplo yo, quiero dejar de fumar, antes fumaba mucho, ahora solo un cigarro al día, pero cuando me curo fumo más, ese no soy yo, es el copete, y para castigarme no fumo en tres días, pero curao fumé más de tres cigarros. La verdad es que me gusta fumar, me recuerda a mi

hijo, cuando lo espero en la plaza me fumo un cigarro. El David vive con su mamá y con el Fernando, la actual pareja de su mamá. El David y yo somos amigos, me muestra sus juegos nuevos en la tablet, le gustan los juegos de disparar, de matar gente en realidad, la violencia se siente bien, tener el poder se siente bien, ganar se siente bien. Seguramente así se sentían los milicos pa' la dictadura. Le pregunto al David que cómo está y me dice que normal, normal significa ni bien ni mal. David es inteligente. Me habla de la escuela, dice que le pegaron y que no lo dejan jugar a la pelota porque le dicen que juega mal. No quiero que lllore porque cuando llora es igual a su mamá y me carga su mamá. Para consolarlo le digo que no se preocupe, que pronto los robots van a estar tan avanzados que nadie va a jugar a la pelota, van a haber puros equipos de robots y que la gente le va a pegar a los humanos que jueguen a la pelota. Me cuenta algo secreto, tal vez me lo dice porque quiere chantajearme, no sé, de todas maneras siempre me hace tonto. Dice que quiere una bicicleta, pero que su mamá le dijo que no me pidiera nada a mí, porque yo nunca se la iba a poder regalar. Esos comentarios de ella siempre me han cargado, todo lo de ella me carga, no puedo creer que estuve enamorado de ella. Voy a dejar al David a la puerta de la casa, de la casa de su mamá, me carga esa casa, me cargan esas ventanas, me carga esa puerta.

Ha pasado el tiempo, ahora es otoño, aún busco pega, pega fuera de casa, pega lejos de mi mamá, pega lejos de mi perro. Es temprano, alcanzo a ver a Carla, pasa en bici, sigue igual de linda y llena de algo como magnético. Usa bufanda y abrigo, pero imagino lo que lleva debajo, me gustaría verla caminar, verla pasar delante

de mí. No la culpo, a mi igual me gustaba andar en bici, sentir el viento en la cara, sentir el frío. No culpo a la bici tampoco, porque yo no mire hacia el lado. No sé si quiero que el David tenga una bici.

Hoy es domingo, algunos se levantan y van a la iglesia, otros se levantan y tienen que trabajar, otros no se levantan porque tienen caña, yo busco más, busco en los clasificados de El Sur, me cuesta abrir las hojas, tengo que doblarlas y desdoblarlas para cambiarlas. Siento un olor muy dulce, es Laura, se sienta a mi lado, reconocería su olor a metros, pero como no la quiero reconocer me hago el loco, espero que sea otra. Laura, la madre del David, se sienta a mi lado porque le gusta mirar a los ojos cuando habla, pero desde que estoy sentado acá, ya no lo hago. Es tan raro estar cerca de ella, es una conocida-desconocida. Cuando estábamos juntos siempre dormíamos desnudos, como si no tuviéramos secretos, otra mentira que nos contamos siempre. Laura me reclama, que nunca estoy en la casa, que nunca contesto el celular, que si no fuera por mi mamá nunca más me encuentra. Le gusta exagerar. Mi mamá le dijo que seguramente estaba tomando, así que ella me pregunta si volví a tomar. A veces creo que mi mamá la quiere más a ella, pero ahora no importa. Dejo que hable y hago como que no escucho, sé cómo sacarla de quicio. Me cuenta por qué me buscaba tanto, se va, se va al norte porque el Feña tiene una oferta de pega buena y se va a llevar al David, no me está pidiendo permiso, solo me quería avisar. Así que dejo a Laura hablando sola, ya escuché suficiente. Es patética y egoísta. Ella sabe que pienso eso, no necesito decirlo, pero ella no, le encanta gritarme todo lo que se le viene a la cabeza, dice que nunca hemos podido hablar

como personas civilizadas y otras frases hechas. Mientras me alejo recuerdo nuestra vida, juntos, tiene razón, no hablábamos mucho, estábamos siempre uno encima del otro y cuando alguien empezaba a hablar de las cosas que le interesaban, al otro no le interesaba y al final era dormir o no dormir, pero no hablar de cosas profundas.

No dejo de pensar en que el David se va, que su mamá se lo lleva, se lo lleva lejos de mí. Todos los días voy a alguna entrevista de trabajo, en ningún anuncio dicen que necesitan gente a la que le funcionen las piernas. Cuando me ven llegar ponen cara de “¿por qué vino? ¿cómo se lo digo?”. Estoy fumando más desde que sé lo del David, lo el norte. He pensado en algo, nunca he tenido la plata para comprarle una bici al David y así como voy no creo que la vaya a tener. He pensado en robarle la bici a Carla.

David me llama en la noche, suena triste, me dice que se va pasado mañana, le digo que nos juntemos, no ahora, porque es de noche, pero mañana. Todos estos días he estado mirando la bici de Carla, paso cerca y siento que el corazón me salta más fuerte. Ya lo tengo decidido, se la voy a robar.

Me acerco a la bici, nadie me mira, nadie nota algo extraño, es como si fuera invisible. Siento mucha emoción, sé que estoy haciendo algo malo, Carla usa hartos su bici, y aunque no la usara... es de ella. Pero ya no. Sus ruedas giran junto a las mías.

Cuando podía caminar trabajaba en un supermercado, era el reponedor, el trabajo quedaba cerca de la casa de Laura, me sabía de memoria la música que iba a sonar, todos los días la misma, a menos que viniera el hijo de

la dueña, ponía Madonna, a veces Mecano, una vez puso Violeta Parra. Laura me llamaba siempre, a veces me sentía raro, pero me dejaba llevar. Era amante de mi ex. Fernando trabajaba lejos, mitad del mes allá, mitad del mes acá. Fernando sabía que a la Laura no le gusta estar sola, así que creo que en el fondo sabía que le estábamos poniendo los cuernos, que estábamos en su cama, en su ducha, en su cocina. Tal vez Fernando también tenía otra mujer en otro lado, quizás una familia entera y la Laura era otra sucursal, tal vez no y solo tenía una mujer para acostarse, igual que la Laura. Porque la Laura no quería

volver conmigo, estaba bien con Fernando, le daba cosas que yo no podía, pero yo podía otras. Un día, después de dos años, no aguanté más. Fui y le dije que no quería seguir, ella ya estaba llorando, siempre lloraba. No sé cómo consolar a la gente así que le hice cariño en el pelo, pero me hizo sentir como cuando alguien te chupa el pene y tú no sabes qué hacer y le haces cariño en el pelo. Así que no le hice más cariño, me dijo que no me alejara del David, porque es mi hijo. Yo ya no quería más, pensaba lo mismo que ella, no quería alejarme del David, pero no quería más estar ahí, así que me fui sin decir nada. Me fui en bici. Laura me siguió y lloraba. Me abrazó, no le dije nada, pero pensé “laura, no te arrastis por mí, no tengo nada, no soy nada”. Me puse los audífonos, pedaleé hasta que no sentí más las piernas, tal vez de frío. En mis oídos sonaban los tres. Álvaro Henríquez dijo, volar en mil pedazos y ser feliz, luego dijo, todo lo que miras se vuelve gris. Doblé sin mirar. No vi al camión. No sentí nada tampoco, todo estaba calentito.

Lo importante ahora es encontrarme con el David, llevo la bici. Nos vamos a juntar en la plaza de siempre, donde

me gusta fumar y esperarlo. David se acercó y al ver la bici su sonrisa brilló más que cuando metes la mano en un bolsillo y sale un billete que no sabías que tenías. Mientras iba camino a la plaza lo pensé y voy a hacer como que Carla me prestó la bici, así que le expliqué al David que la bici es sólo prestada. Dimos varias vueltas en la plazoleta, el David en la bici de Carla, yo en mis ruedas. No la manejaba tan bien así que a veces se me cruzaba, pero eso solo nos daba risa, nos reímos muchas veces. Somos amigos. Me dijo que no quiere irse. Lo llevé donde mi mamá, tomamos once juntos, mi mamá le calienta en el tostador varios panes, sale olor a quemado, pero es el tostador, mi mamá le dice que coma más, pero David no quiere más, como es inteligente le pregunta por la novela que están dando, así la distrae.

En la mañana salí a comprar el pan, me encontré con Carla, se me apretó la guata y la vi caminar por primera vez, es tonto lo que voy a decir pero, camina bonito, ya saben a lo que me refiero. Creo que me miró, no estoy seguro, pero creo que sí, de lo que sí estoy seguro es que yo la miré, seguro la quemé con la mirada y por eso miró, o tal vez no y algo en mí le gusta. Sé que tengo que devolverle la bici, porque dije que era prestada y la usa todos los días, pero primero el David debe volver con su mamá, aunque no quiera irse. La Laura debe estar muy histérica, yo apagué mi celular, no me gusta que me hable tan alterada, no me gusta que me hable. El David entiende todo lo que hablamos, hablamos de su madre, de irse lejos, de que puede venir en vacaciones. Así que me acompaña a dejar la bici, tal vez lo llevo porque me da vergüenza ir solo. Dejo la bici donde la encontré, afirmada en una reja, sin candado, ni cadena, ni nada. Carla

está en la ventana mirando, no la vi, pero sentí que tal vez nos estaba viendo tras la cortina. Siento que mi cara de pone roja como cuando le pedí a la otra Carla el anillo de mi mamá, cuando me iba ella dijo “ya, de todas maneras mi mamá dijo que te lo devolviera, que no aceptara regalos así de nadie”.

Acompañé a David a la casa de su mamá, pero nos despedimos una cuadra antes, por si acaso la Laura no está de buenas. El David me dice que vaya al norte a verlo. No digo nada porque sé que no podré ir. Le entregué una bolsa que tenía mis condoritos, le dije que los leyera cuando se sintiera triste. No le dije pero yo los leía cada vez que mi papá llegaba curao y se hacía el simpático y luego todo cambiaba y le pegaba a mi mamá.

Ha pasado un mes desde que la Laura y el David se fueron, las cosas no han cambiado mucho. Siguen sin llamarme de ninguna pega, pero estoy aprovechando mis ruedas. Recolecto cartón, recorro las calles, hablo con gente, algunas personas ya me reconocen, me dejan las cajas dobladas. Hay una señora que siempre me espera para cerrar su local y me entrega unas cajas. Cuando voy camino a recoger los cartones no pienso en nada, solo avanzo, siento que alguien camina detrás de mí, pero no miro. Al llegar a la esquina recojo los cartones y giro sobre mis ruedas, es Carla. Se detiene frente a mí y me pregunta - ¿me vas a decir quién eres o te tengo que seguir dos cuadras más?

3er Lugar

AÑORANZA

Nicolás Mauricio Hermosilla Wandersleben

Con 17 años participó en esta versión del concurso bajo el seudónimo de “Samuel Wandersleben”, el nombre de su abuelo materno. Actualmente vive en la comuna de Tomé junto a su familia, y cursa cuarto medio en el Liceo Vicente Palacios. Además de la escritura, cuenta entre sus aficiones el teatro, que practica hace seis años.

Ese día estuvo más frío que ningún otro. Los vientos tempestuosos corrían por las grandes avenidas atestadas de autos, la lluvia azotaba la ciudad y los perros mendigaban lugares para refugiarse del invierno. Yo sabía que se pronosticaba tormenta esa semana, pero no quise darle importancia. No llevé paraguas al trabajo.

Aquel día me sentí extraño. Deseaba mojarme bajo la lluvia, quería empaparme hasta tener hipotermia. No ansiaba ninguna otra cosa que no fuera sentirme vivo, volver a ser vulnerable, alegrarme por las pequeñas cosas de la vida. Las personas en las calles ya no se miraban a las caras, seguían sus caminos sin indicios de emoción, sólo estaban atentos a las pantallas de sus celulares o los ensordecedores chirridos de sus audífonos. Era como caminar solo. Había una niña pequeña parada en una esquina de la plaza. Su figura era escasa, flacuchenta y desaliñada. Le faltaban varios dientes, algunos se asomaban asustados entre las encías y otros lucían podridos por las múltiples caries, su cara estaba manchada con tierra, pero no superaba la suciedad de sus manos. Llevaba consigo un tarrito y en el piso tenía un letrero de cartón con el que imploraba que le dieran un poco de dinero para poder comprarse un mísero par de zapatos, pero nadie lo notó. Nadie le dedicó una mirada o una palabra de apoyo, nadie le brindó un poco de ayuda. A pesar de que todos vieron cómo se ahogaba en su propia inmundicia, nadie hizo algo por ella ¡Nadie! ¿Dónde quedó la generosidad, el amor al prójimo? ¡¿Dónde estaban esos valores que tanto se inculcaban de niñez?! ¡¿Dónde?! ¿Dónde quedó esa charlatanería de siempre brindar amparo a los más necesitados? Patrañas... Sin embargo, lo más sorprendente fue que ni siquiera yo sentí el menester de socorrerla.

El día en la oficina fue distinto. Entré a la recepción de la empresa y saludé a Doris, la secretaria. Llevaba consigo unos enormes lentes de color negro, además de los kilos de maquillaje en la cara que la hacían parecer un payaso de un circo de cuarta, sin contar el horrible lunar que se posaba en la punta de su nariz. Supongo que en su familia ella era la del cerebro. En silencio, sin poner oposición, fui escoltado por los guardias a través del extenso pasillo estéril, tan grande, vacío y sin colores como siempre. Intenté buscar algo nuevo, diferente, excéntrico, pero no pude ver nada. Me vi envuelto en mi rutina cotidiana. Estaban los mismos sillones acomodados, los mismos cuadros muertos, con la misma máquina de agua purificada antes de la entrada a las oficinas, siempre era lo mismo. Un pensamiento se instaló en mi mente y no logré desarraigarlo “Todos los días eran iguales”. Mis acciones se repetían una tras otras “¿Cuándo fue la última vez que hice algo que no fuera venir de mi casa al trabajo y luego llegar a tomar hasta dormir?” Me cuestioné. Sabía que tenía que hacer, sin embargo, no tenía idea del porqué. Despertarse para nada es como existir en el vacío. Repetir un patrón durante todo el año no merecía ser llamado vida. Cuando abrí la puerta pensé que nadie se percataría de mi llegada. Error. Todos se dieron vuelta a mirarme con unos ojos llenos de temor, de prejuicios, de miedo. Parecía que hubiesen visto un fantasma. El horror se dibujó y delineó en el lienzo de sus rostros y no se esfumó hasta el final del día.

Cada uno de mis compañeros de trabajo seguía expectante de mis movimientos, mas, yo no entendí nunca el porqué. Traté de caminar haciendo como si nadie estuviese prestando atención a los movimientos que hacía

y dejé mis cosas en mi cubículo correspondiente para luego tomar asiento.

Ahí me quedé tratando de hacer el menos ajeteo posible, pues, sentía que ninguno de esos ojos oscuros dejó de observarme desde que llegué. Hice todo lo posible para no tener que moverme de mi lugar, pero tuve que levantarme para ir a buscar unos papeles al puesto de Cristián. Él era con quien tenía mayor afinidad dentro de la empresa, y por mayor afinidad me refiero a que era el único con el que he cruzado palabras que no tuvieran relación al trabajo. Le pregunté si podía enviarme por email la plantilla de pagos atrasados para no darme el tedioso trabajo de buscarla entre los archivos del sistema. Increíblemente, cuando Cristián escuchó mi voz dio un salto enorme, tratando de alejarse lo más posible. No sabía que le pasaba, no comprendía porque le infundía tanto miedo el hecho de tenerme cerca. “¿Tenía algo en la cara” pensé, pero luego consideré que sería estúpida esa teoría. Nadie reaccionaría así por algo tan banal. Yo había hecho algo, pero no sabía qué. Los demás se pusieron de guardia al instante en que Cristian despegó fugazmente de su asiento. Susurraban cosas, mientras sostenían sus celulares en sus manos dispuestos a marcar a la policía, o al menos esa impresión daban. Calculé detenidamente la situación y resolví en que era mejor ir a sentarme en vez de seguir mis impulsos. Volví a mi silla apurado y luego intenté seguir con mi trabajo. No entendía lo que pasaba y creí que era mejor no hacerlo. A veces no sabía que estaba pasando. Algunas veces la ignorancia hace la felicidad. En ocasiones las personas son bastante extrañas.

El resto de la tarde en la oficina fue extraña. Podía sentir la mirada de mis compañeros sobre mí cada segundo.

El reloj retumbaba en mis oídos. Poco a poco ese tic tac me estaba haciendo perder la cabeza, al punto en el que cavilé que si no se callaba terminaría matando a alguien.

Una vez resguardado en la austeridad de mi casa pude por fin reclamar mi merecida recompensa después un extraño y particular día de trabajo. Ese momento era la mejor parte de mi día, era la razón por lo que pasaba toda mi tarde esperando con asías salir de esa pocilga, cuna de la avaricia y la crueldad humana. A paso raudo fui hasta el refrigerador y cuando lo abrí lo primero que hice fue percibir un olor a tarta de manzana casera. Mas, sólo habían sopas instantáneas, unos pobres condimentos, un par de huevos de hace meses y unas botellas de ron. Ignoré por completo la anomalía de aquel olor nostálgico y me concentré en mi verdadero objetivo. Saqué las dos botellas de alcohol de la nevera, volví a la sala de estar y me desparramé en el sillón a ver televisión. Me dediqué a pensar con una botella de ron en una mano y otra sobre mi estómago. Echado en el sillón oía los alaridos de la tv. Abrí mis ojos de golpe asustado por el sonido del inicio de las noticias. “Ya se acabó el día y no hice ninguna otra cosa que no fuera pensar y beber” Reflexioné. Volví a abrir bien los ojos y relajé las cejas para seguir tomando de la misma botella, y cuando acabé quedé mirando un punto difuso en la pared, pero no era cualquier punto, era un cuadro. El único rastro que quedaba de mi madre y mi hermana, los últimos vestigios de que en algún momento determinado tuve una familia. Era el cuadro de cuando cocinamos una tarta con mi hermana y mi madre.

Sentía que todo me daba vueltas dentro de mi mente. Recordé esos días soleados en el parque. Imágenes jugando con mi hermana, contando historias de terror, vi-

endo películas o escuchando cuentos antes de dormir dominaron mi cabeza. Percibí mi respiración con mayor sensibilidad, la temperatura excesivamente alta y la lengua adormecida. Sin embargo, no solté la botella, seguí bebiendo hasta el punto que el sonido del agua goteando de la llave del fregadero era lo único que era capaz de discernir. La realidad ya estaba destrozada, estaba embriagado por mis paradigmas personales. Me tambaleé de una idea a otra, mientras que en plano físico intentaba pararme. Estaba a punto de ahogarme en mi subconsciente cuándo el sonido irritante de la puerta me hizo volver al mundo real.

-¡Fernando! ¡A la reja!

Fuertes golpes estremecieron mi tranquilidad. Dirigí toda mi atención a ellos y fui capaz de darme cuenta de que cada uno era peor que el anterior, más rápidos, más coléricos que el anterior. Podía sentir la ira de esos puños. Miré, o mejor dicho, busqué la puerta al fondo del tenebroso pasillo, pero ni siquiera logré distinguir en dónde terminaba el sillón. Caminé confiando en mi memoria, choqué con la pared, con la mesita, boté una lámpara. Me sumergí en la oscuridad y busqué temeroso en todas partes algún insignificante indicio de luz, pero no lo hallé. Busqué la puerta centrándome en lo que oía y cuando la encontré la abrí sin pensarlo dos veces. Un fuerte empujón me tiró al piso y sólo distinguí una silueta femenina gracias al contraste que se formaba con la luz del pasillo.

-¡¿Qué hiciste, hueon?! ¡¿Por qué?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Qué mierda tienes en la cabeza?! No te quedes ahí parado sin decir nada, por favor ¡responde! Maldito ¿Cómo pu-

diste? - Las palabras iban una tras otras sin darse el tiempo para respirar, al final sólo gimoteaba con su cara empapada en lágrimas.

-No entiendo nada de lo que hablas... Hermana, deberías calmarte un poco -Susurré mientras intentaba actuar sobrio. No entendía nada de lo que decía María, mi hermana menor, sólo sentía su histeria y ansias por responder esas peculiares preguntas. Traté de hallar el interruptor para prender la luz, pero ella lo encontró primero, permitiéndome ver la escena con mayor claridad. Estaba destrozada, el maquillaje corrido, su pelo alborotado y mojado por la lluvia, al igual que yo. Creo que el rechazo por los paraguas es de familia.

-¡Va-vamos! Responde, Fernando. ¡¿Qué chucha hiciste?! -Seguía exclamando con furia. Articulé una respuesta, pero no me dejó terminar.- ¿Estás curado?... No... Más encima. ¡Ojalá te metan preso, hijo de puta! -Se dirigió a mí y me pego una cachetada con fuerza. Yo casi caí al piso, ya que con suerte podía mantenerme de pie.

-¡¿Qué te pasa, pendeja?!

-¡No te hagas el inocente! Sé que estás lo bastante mal de la cabeza como para hacer eso...-La mano con la que me apuntaba temblaba tanto como su voz.

-¿Quieres calmarte y decirme que pasa?

-¿Calmarme? ¡¿Calmarme?! ¡Después de que mataste a mi mamá!.... Es imposible.

“¿Mamá? ¡¿Mamá?!” Cuando escuché eso y mi interioridad se destrozó al instante. Recordé sus miradas, la de

ella, las de ellos. Sentí nuevamente esa presión ante sus expectativas, esa sensación de vergüenza, de inseguridad. Pensé en mi madre atemorizada, gritando, llorando, pidiendo disculpas, escondiéndose debajo de la mesa, suplicando algo de piedad, corriendo por el pasillo de la casa buscando la puerta con desesperación y luego yo haciendo lo mismo. Sin duda algo no cuadraba. Definitivamente alguien se había metido en mi mente y había creado unos recuerdos tan vivos como aquellos. Era imposible que yo cometiera algo por el estilo. Yo nunca le habría tocado algún pelo a mi madre, después de todo, ella siempre estuvo ahí para mí.

-No, no, no... ¡No! Algo está mal aquí. Tú eres la loca aquí. Quieres engañarme, tú siempre has querido verme mal ¿no? -Cuando yo comencé a hablar mi hermana retrocedió con miedo. No esperaba que yo fuera capaz de responderle, o mejor dicho, no se esperaba que pudiera ganarle, ella pensaba que yo me iba a creer cada una de sus ridículas palabras y así dejarme mal ante todos. Pero si de verdad pensó que yo era así de débil estaba muy equivocada.- ¿En serio me quieres hacer creer eso? Mamá está bien, sólo está escondida. ¡Sí! sí, sí. Eso es lo que pasa. Mamá debe estar escondida, como cuando éramos niños. Era su juego favorito ¿te acuerdas? -La miré expectante, esperando que alguna palabra saliera de su boca, pero no conseguí nada más que una cachetada. No se lo dejé pasar y la sostuve del brazo para luego arrojlarla al suelo.- ¡Compórtate! Mamá está allá escondida en alguna parte y tú estás aquí peleando.

Se arrastró hasta la pared intentando levantarse mientras buscaba algo en su bolsillo.

-Fernando ¿po-por qué haces esto? -Preguntó mientras jadeaba ahogada por sus propia pena.- ¡¿Por qué lo hiciste?!

-¡No sé de qué hablas!... Pero....si no piensas ayudarme a buscar a nuestra madre me iré solo.

-¡Auxilio! ¡El loco quiere matarme!

A penas ese grito escapó de su boca sentí a los guardias corriendo hacia mi celda. No podía dejar que me volvieran a encerrar ahora que sabía que debía a mi madre. No iba a quedarme de brazos cruzados al saber que mamá estaba oculta en la ciudad esperándome. Lastimosamente no tuve otra opción, tuve que pegarle a mi hermana para que no siguiera gritando. Se quedó callada en el piso y le cerré la puerta para que no pudiera salir. Giré hacia la derecha por el pasillo que daba directo a las escaleras. Pude escuchar los pasos de los guardias atrás de mí. Escuchaba como pedían refuerzos para atraparme. Algunos reos gritaban desde sus celdas palabras de apoyo, intentaban brindarme ánimo para escapar, pero en realidad hacían todo lo contrario. Revelaban mi ubicación. Uno de los presos que estaba afuera de su celda fue contra los guardias y los embistió para que no pudiera atraparme. Me dijo que si podía escaparse conmigo, le dije que no y lo golpeé. Seguí corriendo.

Yo no estaba escapando, no me hubiera arriesgado tanto por algo tan estúpido y sin sentido. Corría para poder encontrar mi hogar, para reunirme con la única persona que alguna vez significó algo para mí. Quería recuperar esa hermosa sensación de núcleo familiar, el cual ni siquiera me había percatado que se había ido hace mucho tiempo. La vida me había cambiado por completo, me sometió

ante ella y me cegó los ojos para que no fuera capaz de sublevarme, sin embargo, no contaba con que yo pudiera torcer su mano. Sólo me quedaba escapar de esa prisión para poder hallar mi felicidad.

Después de perder a los guardias dando vueltas entre los callejones aledaños a la avenida principal, lugar por el que me iba al trabajo por las mañanas, pude detenerme a tomar aire. El sudor me recorría desde mi calva, pasaba por el cuello, curveaba en mi clavícula y se unía con la haraposa blusa que llevaba puesta. Estaba agotado, exhausto, atiborrado en el piso debido al cansancio. Nunca me había dado cuenta de mi enorme déficit físico, corrí apenas unas cuadras y ya no podía moverme.

A pesar de que quise quedarme ahí, sentado en la calle húmeda y fría, me levanté de un salto gracias a un golpe de energía. No había tiempo que perder, cada segundo estaba en contra. Era cosa de esperar un par de horas para dar aviso a la policía que un reo se había escapado, y conociendo a mi hermana, de seguro habría dicho que soy agresivo, un peligro para la sociedad que se debía atrapar de inmediato.

Vagué la noche entera por la melancólica ciudad. El sueño, el hambre y el frío me mortificaban, pero no debía desistir. “No ahora” pensé en ese momento. Por raro que suene, esa noche el tráfico estaba a punto de explotar. Las bocinas ensordecedoras de los autos hacían vibrar el suelo. Las pobres palomas escapaban del ruido para poder dormir, de hecho, me topé con más de una que tenía unas ojeras horribles, las llegué a compadecer. Mientras buscaba el camino al puente atravesé un atajo por unos condominios.

Vi la escena más lúgubre existente en el mundo. Montones de autos creaban unas densas nubes de smog sobre mi cabeza, la gente se gritaba como desalmada garabatos e insultos desde una esquina a la otra sólo para poder llegar pronto a sus destinos. En tanto, en las insípidas calles, los drogadictos abundaban, en una esquina había un muchacho inyectándose una sustancia amarillenta justo en la vena basílica, junto al que especulo que era su hermano menor. Aprecié en sus rostro la necesidad de esa droga, lograba ver en ellos las cicatrices de la decadencia espiritual. En esa aguja no veía otra cosa que no fuera una forma de crear una especie de falsa vía de escape a la felicidad. En el fondo, ese muchacho se estaba encadenando e a un barco de vicios que tarde o temprano se hundiría y arrasaría con todo que hubiera en su camino. Por otra parte, su hermanito de aspecto angelical, se limitaba a imitar sus actos. En el puente de enfrente se podían distinguir varias niñitas, que no superaban los diecisiete años. Ocupaban ropas ajustadas, faldas diminutas, bolsos horrorosos y labiales grotescos. Las pequeñas mocosas ofrecían sus espléndidas piernas trabajadas a los conductores para poder conseguir un lugar dulce y cálido para pasar la noche.

Las personas que intentaban cruzar el puente nunca llegaban al otro extremo. Se detenían a mirar la melancólica noche, analizaban todos los factores de ésta decadencia humana y luego se subían a las barandas para poder dar un salto al vacío. Yo los veía desaparecer de mi vista y luego escuchaba un estallido al llegar abajo.

Esa escena dantesca me sirvió para saber que mi madre estaba cerca. Bajé los escalones del puente y escuché a la policía atrás de mí. ¡Era mi final!

Choqué contra una señora para hacerme de camino por la acera. Mi corazón latió mil veces por minuto, sintiendo como esos detestables oficiales estaban a punto de alcanzarme. No encontré otra escapatoria. Atravesé la calle sin pensarlo dos veces. Autos frenaron de golpe, otros doblaron tratando de evitarme, sin embargo, uno de los carros me logró dar un leve golpe. Un colectivo de color amarillo se descarriló justo por donde iba caminando. Puse mis brazos para recibir el impacto y terminé siendo arrojado por los aires hasta caer al suelo. No recuerdo como pude levantarme, pero lo hice. Escuché un montón de gritos, tanto de autos como personas y entré a la fuerza por una puerta de un edificio. A esas alturas ya nada me importaba además de alcanzar mi meta.

Los charlatanes me siguieron como perros a su cola por los escalones. Me gritaron un montón de cosas que ni siquiera me di el trabajo de analizar. En mi mente sólo estaba la imagen de mi madre extendiendo sus brazos para apapacharme en su pecho. Solo imaginaba su sonrisa, su maravillosa dentadura brillando por mi amor. Repercutían en mente su voz diciendo “Mi niño bonito ¿dónde te habías metido?”

Logré llegar hasta la azotea y me di cuenta que no había donde ocultarme. Era el fin. Me di vuelta resignado, aceptando mi derrota. Los miré con serenidad, cerré mis ojos con temor y luego me dejé llevar mientras les ofrecía una sonrisa en mi rostro. En la oscuridad de mi subconsciente vi gritos, escuché heridas y olfateé angustia.

De un momento al otro todo estaba salpicado por un color carmín. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos, segundos, días? ¡¿Semanas?! ¡No entendía nada!. Caí al piso

de rodillas sin entender lo que pasaba ¡Justo en frente de mí estaban las oficiales muertos! ¿Quién había sido? Sólo estaban ellos y yo. Grité desesperado por la confusión y comencé a golpear el piso. Cuando logré calmarme un poco me vi en el charco de sangre de uno de los oficiales y pude ver la peor criatura del mundo. Yo. Tenía unas ojeras inmensas, mi barba llevaba días sin afeitarse y mi rostro estaba cubierto de sangre, al igual que mi ropa.

Caí en cuenta de que el que mató a esas personas era yo. Quise calmarme pero me fue imposible. Mi respiración se volvió turbulenta, mi cuerpo empezó a temblar y no hallé otra salida que no fuera hacerme daño. Jalé mi cabello, rasguñé mis brazos con desesperación, apreté mis piernas y mordí mi piel hasta que sangró. Sentía pena. No, no era pena, era intranquilidad. Miedo. Sollocé con delirio, intentando quitar todo lo que se podría dentro.

Entonces levanté la cabeza, enfoqué mi vista en la luna y de un momento al otro vi una silueta a unos cinco metros de distancia. Frente a mí se hizo presente la reminiscencia de mi madre. Se veía hermosa, tal y como la recordaba. El fulgor de la luna revestía su largo cabello, mientras que sus ojos brillaban como perlas pulidas a la perfección, incluso, llegaban a brillar más que las estrellas. En sus ojos se veía misericordia, amor y compasión. Dentro de esas circunferencias yacían todas aquellas cosas que anhelaba encontrar.

-M-mamá... ¡Mamá! -Le aullé al espectro que parecía acercarse de a poco. Perplejo por la situación decidí a avanzar hacia ella- ¡No te vayas, no quiero estar solo otra vez! ¡No te alejes de mí! -Grité a todo pulmón, a pesar de saber que estaba desgarrando mis cuerdas vocales

Sonreí tristemente mientras extendía mi mano en el cielo tratando de alcanzarla, pero no lo logré jamás. Caí por el precipicio y me hundí en el fondo de la paupérrima ciudad. Mientras que ella recitaba las palabras más bellas que alguna vez había escuchado. Sin borrar esa maravillosa sonrisa de amor.

NARRATIVA
MENCIONES HONROSAS

LAS MUJERES QUE DEBISTE HABER ABORTADO

Cecilia Ananías Soto

Nacida en 1990, estudió Periodismo en la Universidad de Concepción. Feminista e interesada en la temática de género actualmente cursa el Magister en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de la Frontera. Actualmente se encuentra investigando la violencia contra la mujer en los medios de comunicación.

Cuando niña le contaban cuentos; ahora ella cuenta pastillas. Pequeñas, blancas y esquivas, contemplándola con reproche desde su estuchecito naranja, con los días escritos en cadena sucesiva. 28 los días y 21 las pastillas; luego, aguardar a que los fármacos concedan su milagro, desmalezando su útero de cualquier forma de vida.

Esperar con ansiedad a la sagrada mancha de sangre atravesando sus ropas. Dejar escapar un suspiro, quizás un grito de triunfo. Y luego, volver a contar pastillas, entre toallas higiénicas, ardor en el vientre y las tardes húmedas desnudándose ante Felipe.

Hasta que una tarde, no volvió a ver la bandera roja flameando desde la entrepierna. Caen un peso enorme sobre su estómago, un presentimiento, un nudo de tripas que se ve justificado por dos líneas rosadas marcándose sobre el test casero.

Puede sentir a aquel pedacito de vida aferrándose a sus entrañas, devorándola desde adentro. Y al mismo tiempo, **ella se siente vacía**. No comprende por qué Felipe le sonrío tanto, como si aquel error de cálculo pudiese convertirse en “lo mejor de nuestras vidas”. Su sonrisa se le antoja nauseabunda, como el explosivo cóctel de hormonas que corre río arriba de su torrente sanguíneo.

Las siguientes semanas se arrastran babosas: ecografías de rutina, llenas de aparatos resbalando arriba de su vientre, empapados en una gelatina fría. Abrazos de familiares, caricias involuntarias y las conversaciones en torno a la crianza, los precios de los pañales y el baby shower. Pero Natalia **sólo se siente miserable y abatida, como**

si la mórula se alimentara de sus ganas de estar viva.

Quizás por eso, un día que caminaba enajenada de aburrimiento y calor por la calle, desprendió su mano de la mano de Felipe y haciendo caso omiso a la luz roja, **se lanzó contra el tupido tráfico de Avenida Los Carrera...**

Pero no murió. Sólo recibió el roce del espejo de un camión 3/4 en la frente, dejando un rastro ensangrentado en su rostro. Felipe alcanzó a atajarla, cogiéndola del último centímetro de su falda, movimiento suficiente para que el conductor lograra esquivarla. El brazo de Natalia quedó congelado en el aire, esperando aferrarse a una escapatoria que no llegó.

Escucha los gritos de Felipe, “¿EN QUÉ PENSABAS?”, entre un eco metálico que no volvería a abandonar su cabeza. **Ella sólo murmuró un “fallé”.**

No volvería a intentar suicidarse. De ahí en adelante se entregaría a las caricias en el vientre no solicitadas, consejos de otras madres, planificaciones de baby showers y frío del ultrasonido, siempre amparada tras la luz de una sonrisa fingida, con los movimientos lánguidos y lentos, de la misma forma en que una bestia camina mansa hacia el matadero.

Rendida, Natalia vio crecer su vientre a una velocidad explosiva, expandiendo su carne y llenándola de manchas y estrías. Sus venas marcándose sobre la tez, amenazando con reventarse ante toda la presión que le ejercían. Los cambios de humor, las porciones dobles, las tardes vomitando, los pies de aquel ser atravesados entre su vejiga y los pulmones. Natalia odió y mordió en silencio cada vez que le decían que la maternidad la

volvía más bella... **hasta que un dolor penetrante entre la pelvis y la espalda le anunció que estaba lista.**

El recuerdo del día del parto se le devuelve a la mente de la misma forma en que el vómito va y viene por la garganta de un alcohólico. Lo recoge doloroso entre el olor a fármacos y la anestesia, siempre con el eco metálico -del espejo que se estrelló contra su cabeza sonando- a modo de música de fondo. Aquel día pudo sentir cómo su cuerpo amenazaba con partirse en dos, como si quisiera sacrificarla a ella para dejar fluir a la otra vida.

Felipe conducía ansioso y sonriente por el par de calles que los separaban del hospital; Natalia deseaba morir con cada vuelco de su vientre. Pronto desfilan ante su mirada los rostros distorsionados y fríos del personal. Chilla, se desgarran la garganta gritando, hasta que una enfermera la cachetea y le ordena que no haga show. “**¿No te gustó abrir las piernas?**”, le espeta otra.

La epidural clavando sus colmillos en la espalda y ella ruega no quedar viva e inválida por un simple desliz de la mano. Puede sentir los hombros de ese pedacito de vida moviéndose coordinadamente, cavando su salida de este mundo a punta de cabezazos. La cama de hospital, las piernas separadas en alto, los internos observando. Tan frágil y expuesta. La anestesia aún no hace efecto por completo, cuando siente al ginecólogo cortándola allá abajo, para hacerle más espacio al ser vivo que avanza desgarrándola desde las entrañas.

Cuando al fin nace, un grito apagado y Felipe diciendo entre llanos y risas “se llamará Amadora”. **La acurru-**

can tibia, húmeda y llena de tejidos contra su pecho. Pero aunque su útero es fértil, Natalia sabe que su corazón está marchito, yermo.

Contempla con tristeza a la criatura, **porque quizás en otro momento habría podido amarla y haberla cubierto de besos.** En cambio, opta por soltar un gemido ronco y dejarse caer lánguida contra la cama del hospital, negándose a tomarla entre sus brazos.

Placentas desgarradas, la anestesia evaporándose en el aire y pañales de adultos. Un brillo rosáceo sobre su piel y el útero marcándose abultado y maltrecho contra su vientre inflamado. Tarjetas de felicitaciones que no serán abiertas y globos rosados que se desinflarán con el calor que se filtra entre las cortinas de una habitación cuádruple. Natalia apartará a la bebé de su piel y de sus senos llenos de leche cada vez que una enfermera intente posarla sobre su pecho. Hasta que nadie ose a preguntar qué le pasa.

Natalia pasó toda la infancia preguntándose qué se sentiría tener una mamá normal, sin imaginarse que su hija pasaría el resto de la vida cuestionándose lo mismo. De aquella mujer con olor a peluquería sólo guarda la locura de sus ojos azules en la memoria. Mientras otras niñas buscaban consejo o consuelo en sus progenitoras, Natalia pasó varias noches saliendo a buscar un médico que le pusiera pausa a los ataques de pánico de su madre.

Era severa: una vez, como quien entrena un perro, le estampó la cara contra un plato de guatitas para obligarla a comerlas. La dejó plantada en por lo menos tres actos

colegiales del Día de la Madre, hasta que se le acabaron las ganas de llorar o de esperarla. Tenía la infinita habilidad de perder la paciencia en un segundo y dejarle tatuada la palma de su mano donde quisiese, en una tonalidad roja amoratada. Su papá le contaba que nunca la quiso alimentar con el regalo de sus senos y que cuando era una bebé de meses, jugaba a lanzarla volando contra la cuna. **Nunca entendieron por qué no murió desnucada.**

La última vez que intentó buscarla, ya estaba más adulta y sólo consiguió una mirada azul lánguida desde el fondo de una habitación psiquiátrica. Le dieron el alta unas dos semanas después, pero aunque Natalia soñó porfiadamente con el reencuentro, nunca se presentó en su puerta ni le envió una carta. **Un perfecto fantasma.**

Una noche especialmente nostálgica y fría, la bebé se niega a parar de chillar. “Son los cólicos”, escucha a Felipe murmurar nervioso y la cobardía de su voz enardece sus venas. Él corre bajo la lluvia a conseguir alguna farmacia de turno, dejándola sola con los alaridos de la pequeña y ese repiqueteo de metal estampado en su cabeza. Intenta tomarla en brazos, acunarla, decirle que todo estará bien, pero sólo piensa en rojo, el sabor oxidado de la sangre y sus gritos que rebotan contra su cráneo.

Cuando regresa Felipe con los medicamentos, la pilla inclinada sobre la cuna intentando ahogar a la bebé con una almohada. Por primera vez en su vida, golpea a Natalia, empujándola con violencia. Toma a la bebé entre sus brazos temblando y llora desconsolado sobre su carita, hasta darse cuenta de que respira. Está viva.

Se gira a pedirle explicaciones a Natalia, pero sólo queda su ausencia y una puerta entreabierta.

Durante días, Felipe contempló con amor, tristeza y consternación a la niña que estuvo a punto de perder en manos de su misma madre. Camina como alma en pena por la casa, **hasta caer en cuenta de que era un barbudo y mal alimentado padre soltero**. Tarda en admitirle a su madre todo lo que ocurrió. Acude varias veces a la PDI con cara de noctámbulo, no para denunciarla, sino que para averiguar de su paradero. Su madre le dirá una y otra vez que “ojalá se violen a esa perra de mierda, que ni para perra le alcanza, porque hasta los animales cuidan mejor a sus crías”. Pero él ya no escucha...

Aquella noche de invierno, “la perra de mierda” corrió bajo la lluvia hasta la carretera, donde se trepó al primer camión que paró ante su dedo. El hombre le convidó mate y charqui y le permitió viajar hasta Santiago con él, a cambio de manosearle y chuparle las tetas, aún llenas de leche, mientras le susurraba “**ay mamita, por qué me dejaste, te extraño tanto, tanto**”...

Mientras su hija llora hambrienta 500 kilómetros al sur, Natalia vaga por las calles de la capital con carita de animal herido, durmiendo en las bancas de la Plaza de Armas en el día y hundiéndose en fiestas clandestinas y psicotrópicas al caer el sol. Por calle Agustinas machetea algunas monedas para comprar pan y cerveza, entre

hombres de mirada oscura y prostitutas. Va completamente entregada, como si su vida llena de rechazos y desapego la hubiera preparado para aquel momento.

No sonrío, pero tampoco ha vuelto a sentir aquella rabia metálica y ensordecedora que casi la llevó a asesinar a una lactante. A su propia lactante. Mientras lava sus pies en una fuente citadina, entre murmullos de palomas y con el sol acariciando su cabellera, cree ser feliz por un segundo. Más allá, en una tienda de electrónica made in Perú, las pantallas muestran su rostro y las autoridades anuncian una búsqueda por presunta desgracia...

Una noche de octubre, llega hasta aquella casona donde efervecen desde adolescentes reguetoneros, hasta punks con la Baltica de litro en mano. La pista principal la atraviesa un set de luces descontroladas y de ampollita envejecida. Olor a marihuana y vómito en el aire. Un grupo de jóvenes aspira Popper y se besan grupalmente. **Y ella danza sola con la mirada perdida en el techo.**

Se le acerca un hombre colorín y de barba maltraída. Le sigue el ritmo y pronto está encima de Natalia, metiéndole sus manos ásperas bajo la ropa. Cuando intenta tocarle el vientre, ella le suelta un manotazo y lo contempla con la mirada de animal herido.

“Sé quién eres”, le susurra y estas palabras son suficientes para volver a manosear sus carnes sueltas, el surco de las estrías, los senos rebosantes. “Yo también estoy huyendo”, le explica al oído calmándola. Terminen en un motel de Lo Espejo devorándose sobre la cama,

como si sus almas vacuas intentaran llenarse con los fluidos del otro. Se quedan dormidos transpirados, húmedos y exhaustos sobre un colchón de dudosa limpieza.

Esa noche, Natalia vuelve a soñar con los ojos azules de su madre abriéndose desmesuradamente; la señal inequívoca de que estaba a punto de perder la cabeza. Natalia siempre sospechó que detrás de los ataques de pánico, conversaciones con seres imaginarios y personalidad bordelímite de su madre, se escondía una relación abusiva con su propia progenitora. La abuela de Natalia fue una veterana que torturó a su madre a punta de sopa de huesos y varillazos hasta que la volvió “apropiadamente flaca, porque ser gorda es de rotas”.

Una casta de mujeres malditas, del útero marchito, incapaces de acunar al producto de sus entrañas.

Cuando despierta de aquella regresión, Natalia se percata de que está sola. Al poco andar por la cabaña se encuentra con el cuerpo del hombre con el que tuvo sexo hace un par de horas tendido en el baño, pálido, contraído, tieso. Sobre su pecho reposa un simple mensaje: **“no me toquen”**.

Natalia se asusta e intenta huir de allí, pero al par de trancos, choca de lleno contra una mucama curiosa. La mujer de contextura gruesa logra atajar y derribar a Natalia, quien ve con desesperación cómo el lugar se va llenando de Carabineros.

Más tarde, se enterará de que el tipo con el que se acostó era un famoso dentista, quien acosado por las deudas y un feo divorcio, había decidido suicidarse con cianuro, convirtiendo su cuerpo en un arma química y a Natalia,

en la última mujer con la que compartiría cama y saliva. Aunque quedó libre de cargos por su muerte, apenas la examinan bajo su piel seca por el sol y ojeras, **descubren a la madre de Talcahuano reportada como perdida.**

Cuando Felipe recibe la llamada desde Carabineros, una sonrisa se dibuja en su rostro ajado de noches en vela. **Viste a Amadora, a la espera de reunirse con el pedacito de rompecabezas que completaría sus vidas.** Le dicen que Natalia está detenida en Santiago y que mañana será transferida a la zona. Evitará por todos los medios ver la TV, porque sabe muy bien lo que están diciendo de ella...

A pesar de que no ha cometido ningún crimen, las pacas la empujan a una celda y a vista y paciencia de los detenidos, la desnudan y la bañan con el agua fría de una manguera a presión. El agua estalla contra su piel, atontándola, hiréndola. **“No sé por qué estas malnacidas abandonan a sus hijos, habiendo tantas familias que sueñan con una guagüita”**, resopla una dándole manotazos. “¿Para qué abren las piernas, entonces?”, agrega.

Las pacas se burlan de sus carnes sueltas, de su incapacidad para ser madre, de sus cicatrices. Les gusta torturarla porque pone cara de perrito perdido, porque se le va la onda, porque no entienden por qué su pareja la quiere de regreso. Después de gritarle todos los sinónimos de prostituta, la suben amarrada a la parte trasera de la yuta y así la trasladan a Concepción. Nadie escucha sus súplicas de aire y agua, mientras la transportan en aquella

cabina de metal bajo los 38 grados de una inesperada ola de calor.

Felipe y Amadora esperan por horas por aquella llamada que nunca llega. De Santiago a Concepción son unas seis horas de viaje: han transcurrido 15. Así que decide ir en persona a la comisaría, para poder consultar por su traslado.

Pero en vez de dar con la usual fila dentro de la oficina, se encuentra con un desorden de ambulancias, papeles e instrucciones. En el lugar, todos corren. Un escalofrío se le clava en el estómago. Gira hacia el patio, esquiva las cintas de “prohibido el paso”, omite a un paco, dos pacos, tres pacos y la ve ahí, al fondo de la yuta: **una lona negra cubriendo un cuerpo.**

“Murió por un golpe de calor. Ya se inició un sumario”, gritaba un comandante a los periodistas que volaban al alcance de su mano con su mirada de buitres, con sus garras llenas de sangre ajena.

Y pareciera que la misma tierra se desintegrara bajo sus suelas: Felipe cae al piso llorando, amargamente, raspándose la garganta en un largo y ronco lamento, la piel ardiente de sal, la boca contraída en una mueca salvaje. Y no sabe si acaso llora por Natalia o si lo hace por las destruidas esperanzas de recobrar la familia feliz con la que siempre había soñado. O quizás, simplemente llora por aquella niña que deambulará sin madre y con un corazón marchito, como lo han hecho todas las mujeres de su familia.

Aquellas avecillas vencidas, que volaban raudas por la vida dejando su estela desplumada. Aquellos úteros tan amados y tan marchitos. **Las mujeres que debieron haber abortado para acabar con una casta maldita.**

QUIERO ESCRIBIR

Aníbal Olivera Morales

Aníbal tenía 18 años al momento de concursar en esta convocatoria bajo el seudónimo de “Nicanor Sánchez”. Actualmente estudia Astronomía en Concepción, ciudad en la que ha vivido toda su vida. Tomó el camino de la escritura gracias a la sugerencia de una persona cercana, y desde entonces no se ha cansado de andarlo.

Put a amaneció con paja el weón. Uno puede darse cuenta de eso. Como que las conexiones están con guincha aisladora mal puesta. Neuronas weonas. Y todo peor ahora que quiero escribir algo y pienso tiene que ser ahora porque sino cuándo, quedan dos semanas para entregarlo, y recuerda que Linux y recuerda que Álgebra entonces Tapia. Quiero escribir porque puedo. Además, siempre es rico ver tu nombre en cualquier parte, como cuando en la calle escuchas tu nombre pero no era ni el esbozo. Me hago la idea de ser competente en el área. Ah claro y decías que no serías escritor por incompetente me dirán a los que se los dije. Además, en esta vida hay que dejar el automático y hacer cosas. Además, ella también participará y si nada va mal nos condenaremos a leernos. Sobre todo además eso. Mejor me voy a tomar un café y sacarle la paja al weón.

Perfecta mierda de día. Después del café todo resultó descafeinado. Todo por ser porfiao y no querer tocar en el día mi teléfono. O quizá fue por la Formula uno. Todo el día esperando algo que era mañana. El Star partie anda ya en quizá qué round y Douglas dando saltitos para enfatizar los climas de su charla. Charla de Douglas y yo aquí. Mechones enteros en observación y yo aquí. Una vez al año y yo aquí. El día se fue en interpretaciones a seis cuerdas, haciendo tiempo para ver la formula prefirió ser otro día y ahora maldigo toda explicación psicológica, metabiológica, antropológica o loquesealógica, ya pa qué, ya no sirve si el día no se puede doblar y manipularla como plasticina tiempo-dimensional, fisica culiá. Culpo a las ecuaciones, Ridículo. Querer ser el mundo es un caso perdido, ahora el tema es cómo asegurarme que ningún otro sábado lo desperdiciaré no estando en

el mundo. Mis astro compañeros y Lucía enamorándose del cosmos, olvidándose de mí y yo aquí, difundíendome. Cómo lo olvidé. Sábado a las siete de la tarde. No importaba que Douglas diera sus saltitos y pronunciara la r de tal modo que la simetría fonética entre pero y perro fuera perfecta, era un mensaje claro. Apuesto a que Daniela jamás lo habría olvidado, jamás desaprovechar oportunidades de socializar, blablas fuera de la facu o los cubos, observando, preguntando a cualquiera con labios quebrados dónde, cuántas, cuán y cuando bajara la cabeza quiénes, dónde y cuándo: de allá somos. A eso embocaría. Es la explicación cronológica que siempre construyo cuando Face me informa que mira los demás son la raja. Llegaría al centenar de me gusta y habría fiesta y habría baile. Eso habría si ella fuese yo o si yo fuese más ella. Lo habría también si la felicidad no fuera tan maniáticamente escurridiza. Mírate, pareces gótico. Pero mírate, solo falto una coma y un che para ser un auténtico Cortázar, che. Ja. Ahora explícate que hasta en eso llevas puesto a Daniela. Transpiro ella. Voy a mear. Llegué, sigo escribiendo. O quizá ella llevaba puesto a Cortázar, lo transpiraba. Aún recuerdo cuando me pregunto si leía y respondí no y acabé re-aprendiendo a leer, a caminar. Después de quebrarme y rearmarme me besaba. Ella a mí no yo a ella. Quién besa a quién. Tendrás que recordarlo en la alfombra si lees esto, si ganamos esto y nos obligamos a leernos. Aprovecho de recordarte y agradecerte que jamás te devolví el libro y tantas cosas, respectivamente. Finalmente quedaste como abstracta y como un éxito. Ya difícil que quedes como otra cosa, parte face me lo refriega y parte ya eres santiaguina. Recordé que quise decirte que hasta los últimos días de penquista dejabas estragos en las calles; lo del carnaval

africano por todo Barros Arana, recordarás, tacos por todo Angol y Rengo quedó un desastre. No quería nombrar Colo-Colo pero ya lo hice. Me es gratamente impresionante admitir que una línea asfaltada en la planimetría certifica que la memoria es sumamente derramable. Tú sí habrías ido con todo tu nuevo curso y habrías visto la vía láctea como un derrame de cualquier cosa, y habría tanta risa y tantos caños, y hubieras pasado de preguntar celestialmente dónde, cuántas, cuán a quiénes, dónde y cuándo; y yo aquí.

Es re wena la terapia. Escribir me ahorró un cambio de pantalla trisada. Quería llorar pero no lo hice. Uff, ahora pareces un Reik, che. Doble tarea: dejar el brutal pesimismo de los párrafos anteriores y olvidar que me auto asimilé a Reik. Hasta qué punto, che, repugnante. Recomendable indagar el origen, luego postulo que es saludablemente recomendable apernar el celular a ti y no despistarse así nomás con noches literarias, enciclopédicas, de investigación cosmogónica o banalidades similares. Aseguro que si más pixeles hubiera tenido frente a mí veinticuatro siete tanto en el verano dos mil catorce como hoy habría sometido a mi rostro a usar una sonrisa y habría sido innecesario dejar la de hoy en la guardería. Aunque qué tanta wea la poní weón, igual nomá hai cumplido un carpe diem al pié de la letra por tantos o más días y hai tenido al tempus fugit como antimanual de vida desde que apagai la alarma del celu hasta cuando te rascai los cocos, si estás en lista negra es por cariño y si me tomo la cabeza ahora es por insinuar torpemente que antes de proposiciones pesimistas de tal calibre previene una matemática negación. Luego sonrío. Sé que tú y Tapia entenderían esto. Pero de entender lo que más

entiendes son tantas y todas las razones de arquetípica felicidad, firmarías aquí y allá, iniciales por aquí, seré feliz en formato contrato, lo harías con bic o cualquier artefacto para grafiar tu sumisión a ellos y pegarlo a un lado de la entrada de tu pieza. Basta de nostálgicas wn, que mejor toma tu aparato y comienza a coser redes sociales, que te están esperando con candelas y trufas.

Ts ah. No no no no no señor, eso jamás. Debo escribirlo. Definitivamente no sé cuánto ha pasado (¿dos semanas?) sin siquiera estimular el teclado para continuar esta cosa, porque aún quiero escribir. Fue así: ver City Tour, semanas sin hacerlo; Lamborghini tiene mucho que ver con Lynn Chadwick; busqué y sí; City tour bien; Já, Chadwick , cómo puedes entender a las mujeres como un triángulo; no no no no no señor, eso jamás. La cosa es que busqué a tal escultor (Búsqueda: escribir mal su nombre, quizá quisiste decir, sí exactamente, primer link Wikipedia, primera foto) y lo encontré posando delante de dos esculturas megalíticas deliciosamente antropomorfas, con los correctos ángulos Lamborghini que casi rebanan la vista. Me fijo en la que tiene tetas. El señor claro todo muy recto y caracho cuadrado, pero Dios no: Mujer de perfil triangular. Tu tampoco habrás estado de acuerdo y concordaríamos que está claro, demasiado regular para tantos mandalas. Otra cosa: desde que me dijiste que olía a color naranja tengo confirmado que eres una pluri cromática compulsiva, y antes de estar de acuerdo en que cómo mujer libre ovarios felices con perfil triangular habrías repugnado wakala tanto gris y habrías untado pintura con tantos pigmentos de colores secundarios como el espectrograma admite y paf, habrías pintado el hormigón armado de pies a cabeza. Así te

sentirías feliz de confundir al sensor fotográfico con tanta cosa rara, Chadwick atónito y levantarías los brazos. Aceptarías, defenderías gustosa razonamientos de que la geometría es incompetente con la mujer, que no puede concebir en sus planos tamaños bultos parabólicos, que se necesitan tantas dimensiones que la física quedaría estupefacta y otros postulados garciamarquianos. Llegaría a casa y no sería hasta ducha, hasta noche entre frazadas que por fin alimentaría al hámster para que de una buena vez corriera y pensara dentro de mí rebotando en el cráneo y balanceándose hormonalmente en el hipotálamo. Entonces tomaría rápidamente en cuenta que son multiversos en universo, eso son, suerte de infinitas dimensiones cíclicas, y con más ingenuidad que perspicacia concluiría círculo en infinitas dimensiones es el objeto que más se les asemeja. Pero puta oh roca, no tení tantas dimensiones. Me quedaría con el círculo. Tantos ángulos como dimensiones femeninas. Chadwick entendería: Macho éxito reloj de muñeca cara cuadrada, fémica círculo. Y tú la pintarías.

Y quizá que sí, quizá que yo esté aterrado con el reloj porque me queda no sé cuánto, ay que poco, para terminar esta cosa sea culpa tuya. Quizá debería estar estudiando Álgebra o viendo una mala película. Ah pero mírame. Me tenías que preguntar que si leía. Y en este punto ya no sé qué escribir. Y cuán poco queda. Chucha. Cómo me gustaría que esto fluyera como de seguro lo hacen tus dedos en quizá cuántas disciplinas. Quizá deba rellenar. Quizá quizá. Pero para wn, para algo te mojaste tanto ayer cuando fuiste a comprar los sobres para estre-garme. Si sé oh, que querí que haga. Que me termines bien po. Desde el comienzo no sé qué fuiste tú. ¿Me dic-

es indefinido?, ya te pasas. Siempre fuiste mal texto. Aer no po, era ambiguo, no malo. Quién sabe, aunque ni el título ni el texto se equivocan en eso de que quiero escribir y en eso de que por algo fui a inundarme los huesos para comprar los sobres. Recuerdo (begin anécdota) que pasé por donde construían un nuevo crimen urbano de veintitantos pisos y me llegaba el polvillo de concreto taladrado mezclado con lluvia. Solo faltaba una raja al viento para tener una obra civil en el rostro (end anécdota). Y eso no lo hice por nada. Aunque ridícula, existirá razón. Opciones: porque sí, etc. Y esa debe ser. Razón homologa al por qué quemaste los bordes del papel que me regalaste y que aún guardo. Pero creamos las logias para destruir esa medieval razón. Propongo que nada más cavilaciones sin sentido, si total demá vislumbro la verdadera razón de por qué escribí esta cosa cuando vaya a dejarlo con el texto bien impresito dentro de mi mochila, y diga ah buta por qué no crujiste antes cerebro paja, porque estaba muy ocupado con matemáticas po, ah claro y eres trabajador part-time, cuando me des las horas de sueño bien porcionadas hablamos, de qué hablas si estás sometido a mí y si quiero te dejo sin nada así a potto pelao...

La lucha siguió aburridamente, afortunadamente todo terminó en que el escritor y su mente lograron acordar que son absolutamente indisolubles y rieron. De pronto el escritor despierta y ya no la llevaba puesta. Quizá se cambió de prenda (no) o quizá se homogenizó con su piel (sí).

ES HORA DE RETORNAR

Dagoberto Ignacio Flores Venegas

Con 29 años, Dagoberto se dedica al cine en su ciudad natal, Chillán. Estudió periodismo en la Universidad Alberto Hurtado en Santiago, donde vivió 8 años. Actualmente trabaja en una Productora Audiovisual.

“La vida es un viaje, no un destino”,
Ralph Waldo Emerson... o Aerosmith.

8 de agosto en el calendario y en el cielo, cercado por nubes, el sol tan lejano que su escuálida presencia no es otra cosa que el recuerdo del calor y la esperanza de un pronto verano. Andrés, de ojos verdes como hojas de palto, observa al diminuto astro arrojar sus rayos mientras el vehículo en que se encuentra avanza como chatarra espacial fuera de órbita. Achica los ojos para filtrar la luz y observar sólo la masa de la estrella. Tras conseguirlo, la copia en una croquera donde ya está dibujado un caballero mayor con aros en sus orejas. Viste una polera negra con Orson Welles en la trasmisión de La Guerra de los Mundos y lleva una caja de herramientas en una de sus manos. Sonríe y a su alrededor asteroides, agujeros negros, platillos voladores y otros residentes del universo completan la imagen. En la radio se escucha un partido de Ñublense en tercera y conductor y copiloto, padrastro y madre de Andrés, mantienen un silencio tan profundo como el abismo que han cavado al decir “te amo” en situaciones de inminente abandono. El vehículo pasa por una grieta e imaginan un choque en que sólo uno de los tres sobrevive. “¿Y Andrés?”, piensa la madre. Vuelve a imaginarse escapando de las latas y una nueva vida en el sur junto a un millonario forestal. “Ojalá no sufra y muera altiro”, reflexiona. El pequeño ocupante del asiento trasero, sin importarle las ideas infanticidas de su madre, continúa dibujando. Vuelve a mirar al cielo en busca de su fuente de inspiración, pero las nubes ya la han ocultado.

La mujer intenta apagar la radio y el hombre la aparta de un manotazo. Discuten y los gritos sólo terminan cuando la mano del piloto tapa violentamente la boca de la copiloto para escuchar al relator gritar gol. “¿De quién?, ¿de quién?”, pregunta obsesionado “¡...de Ñublenseeee...!” pareciera contestarle la voz ya casi acabando. El padrastro quita la mano y toca la bocina eufórico. La mujer se limpia los restos de saliva que provocaron la rudeza del fanático y mira a Andrés por el retrovisor. “Tu abuelo no está pa tus dibujos”. El pequeño sigue dibujando y escuchando Coming Home, de Cinderella en su discman. El piloto saca de la guantera una petaquita de ron, se la bebe completamente y la arroja por la ventana junto al quinto cigarro de la mañana.

En una cama de una sala común del Herminda Martín de Chillán, el caballero del dibujo de Andrés ha variado a una silueta difusa, a un respiro cortito, a ojos extraviados, a una boca abierta sin dientes ni calor. Y junto a su lecho, el muchacho ojos color palto, con su madre y padrastro -este en evidente borrachera-, observan a la muerte ganar terreno. Andrés, que no escuchó las advertencias de su madre por el hard rock en sus oídos, gusto adquirido de su difunto padre -buen hombre, mal abstemio-, extiende el dibujo en silencio. Un pobre diablo de alguna de las camas contiguas toce, otro se queja y las máquinas hacen Bip. Como ninguna mano recibe la representación del hombre en un pasado mejor, Andrés la acerca hasta los ojos perdidos y luego la describe a un oído que el último tiempo sólo ha escuchado los ecos distantes del universo. La madre lo observa con rostro cercano a los celos. Su padrastro se rasca los testículos. Con cada detalle de Andrés las pupilas recuperan actividad y los ojos

se agrandan absorbiendo colores. De pronto una lágrima voluminosa cae por una mejilla marcada por el tiempo y el muchacho abraza al dueño de la expresión. Uno de sus aros intenta brillar en la opaca habitación. La mujer mira al niño creyendo sentir algo en su pecho, pero no. Su padrastro, que sigue rascándose los testículos, pregunta cuánto falta porque quiere fumar un cigarro y celebrar el triunfo con los amigos. Despedidas sin respuestas y promesas de volver pronto. Andrés, antes de salir de la sala, mira hacia atrás, muy atrás, muy, muy atrás.

El televisor del pequeño transmite Starship Troopers mientras él toca Space Cadet de Kyuss. Sigue los acuerdos de Josh Homme con prolijidad y la pantalla muestra a cientos de humanos aniquilados por los insectos del Planeta P. En la pieza cabe a duras penas una cama, un ropero en forma de cubo que hace las veces de repisa para el televisor y algunos cachivaches. En las paredes, varios dibujos suyos de rincones desconocidos del infinito y posters de bandas y músicos. En el centro de una de ellas destaca una foto de él guagua sentado en las piernas de un rockero cincuentón. Ambos se miran y sonríen compartiendo algo que escapa de la captura. El último espacio de los 6m² está reservado para un telescopio que, a través de la única ventana, apunta al universo. Junto a la cama en la que toca su instrumento, la delgada tabiquería lo separa de la cama en que su madre duerme inconsciente por las pastillas que acaba de tomar. En la pieza de ella suena Quisiera amarte menos, de Chavela Vargas. De pronto se abre la puerta de la casa, alguien entra chocando contra la escasa e improvisada decoración del living y se detiene en la puerta de Andrés. La intenta abrir, pero el seguro lo detiene. Sigue a la puerta vecina, donde

nada impide su caminar defectuoso, aliento percolado y cariño malo. Se escucha el pesado caer del cuerpo en el viejo colchón de plaza y media. Andrés sigue dedicándole virtuosismo a su interpretación. Una voz regresando de un sueño diseñado intenta impedir algo, pero en realidad es sólo costumbre, teatro. La pared no oculta las negaciones ni las cachetadas con el dorso de la mano. Un golpe interrumpe a Chavela. Luego unos quejidos fingidos y finalmente el silencio de la derrota. Andrés ahora toca Too Drunk To Fuck de los Dead Kennedys. En el televisor, el cerebro de un humano es devorado por un insecto extraterrestre.

En la mañana Andrés se prepara para el colegio cuando suena el teléfono. Un grave registro masculino pregunta por un adulto. El niño, estirando el cuello para ver a través del umbral de la puerta a medio abrir, hacia donde yacen dos cuerpos semi desnudos, responde “no, estoy solo”. Diez segundos después, una voluminosa lágrima recorre su mejilla sin marcas de tiempo.

Esa misma tarde, padrastro y madre, ésta con evidentes rastros de maltrato, sonríen felices mientras recorren una casa guiados por el dueño del grave registro. La casa está en Vegas de Saldias, a dos cuadras de la cárcel. Tiene dos pisos amplios que evidencian que nadie la ha habitado en varios días, semanas y meses: telas de arañas ocupan las mayorías de las esquinas, las plantas se han secado, el aire está estancado y los objetos, temerosos de los desconocidos, guardan silencio. Afuera llueve. El hombre explica algo y la pareja cuchichea como dos adolescentes enamorados. Padrastro pregunta por los objetos y fotografías que decoran el lugar, ella responde como si fuese guía de un museo. “Esa cuestión (calidoscopio)

con esa otra (audífonos) se supone que sirven pa comunicarse con marcianos“. “Esa foto es de cuando se tituló, antes de que le diera por inventar tonteras. La que lo abraza es mi mamá“. “Ahí está construyendo un... ¿cómo era que le decía?... Bueno, un vehículo espacial. Pasó tres días sin comer ni dormir. Después lo rompió a martillazos. Ahí mi mamá ya se había muerto“. Andrés, en tanto, dibuja en su croquera sentado en un berger con tapizado cuadrille de los setenta. En un mueble tocadiscos descansan *The Dark Side of the Moon*, *Sun Ra*, *El Congreso de Congreso* entre otros. En eso el padrastro cruza frente al niño, camina sobre una alfombra imitación persa, su pie se enreda en algo y trastabilla. Maldiciendo regresa a ver qué objeto bajo el tejido entorpeció su paso, pero una lámpara cae al suelo llamando la atención de todos. “Perdón”, se delata el muchacho. Padrastro y madre lo miran fastidiados. El hombre de la voz de radio, gordo, barbón, abrigo de agua, explica desgano, como empleado público hablándole a palurdos, que el trámite de la herencia demorará dependiendo de la posesión efectiva, pero que imagina que todo saldrá bien. Cuenta que el difunto dejó un sobre con unas palabras para Andrés, pero debido a su minoría de edad es entregado a la madre. La mujer lo abre sin delicadeza y trata de leerlo. No reconoce las letras y lo arroja al piso. “Puras hueás, como siempre“. Andrés lo levanta, inspecciona y guarda. El abogado los lleva a un patio que alguna vez fue cuidado con prolijidad, esmero y delicadeza. En medio de él, un limonero aguanta sin esfuerzo la lluvia y sus frutos esperan maduros y alegres. “Aquí una piscina quedaría pulenta”, expresa el padrastro encendiendo un cigarrillo. El abogado le entrega una llave a la madre de Andrés que, absorta, pareciera contemplar

algo que pulula en el ambiente, tal vez un recuerdo, pero apenas se percata del objeto que ahora sostiene su mano, el futuro inmediato borra cualquier huella y una sonrisa chueca se instala en su cara. El gordo dice que se la entrega por si quiere asear su futuro hogar. La mujer besa a su hombre y se reciente de su labio golpeado.

Esa noche, padrastro y madre deciden celebrar la buena nueva y dejan a Andrés solo en la vivienda de escasa e improvisada decoración. El refrigerador está provisto de limones; se acabó la parafina de la estufa; no han comprado leña y sólo hay una caja de fósforos Puerto Varas. El muchacho los mira por la ventana y espera que se alejen en el Datsun 120. Ya no llueve. Su mano sostiene el mensaje que le dejó su abuelo y lo vuelve a leer. Cuando el vehículo ya se ha perdido entre el humo de las chimeneas, Andrés camina hasta su pieza y guarda en una mochila la imagen con su abuelo, el telescopio, una ñeta, unos pares de calzoncillos y de calcetines. En la pieza de los adultos busca la llave que el abogado le entregó a su madre. No le cuesta mucho dar con ella ya que no hay más que un velador, un ropero, un cenicero que colecciona las colillas y unas cuantas latas de cerveza. Del baño saca su cepillo de dientes y lo poco que queda de confort. Lanza el mensaje al W.C. y tira la cadena. Antes de salir nota su reflejo en el espejo. Se detiene y observa su rostro. Pone atención en sí y olvida el olor a humedad del desaseado baño. Sus ojos verdes como hoja de palto están intranquilos. Su fina mandíbula y delgado cuello sostienen la tensión de su cuerpo. Los agujeros de su delgada nariz se abren con cada una de las profundas inhalaciones del frío aire. Y en su boca, una atrevida sonrisa. Se abofetea. Ríe. Toma los fósforos, se cuelga la

guitarra en la espalda y sale de la casa. No llueve. Espera la Agronomía en El Tejar. Las calles están vacías y de vez en cuando se escucha un perro ladrando a lo lejos. Los focos de las veredas intentan agujerear el humo de los hogares. A través de la cortina gris anaranjada llega el transporte desprovisto de revisiones técnicas. No hay más ocupantes que el chofer y su exceso de abrigo. Sube. Diez minutos después baja en Libertad con Isabel Riquelme. Las céntricas calles parecen caminos solitarios de algún pueblo olvidado. Sólo algunos automovilistas se atreven a transitarlas. Sus luces se extienden como líneas en el humo y luego desaparecen dejando el ruido de un motor que escapa. Andrés camina rápidamente entre aquellos objetos ruidosos y luminosos manteniéndose oculto en la niebla de la combustión. Se detiene frente a la casa de su abuelo, una construcción blanca del movimiento moderno post terremoto del 39. Saca la llave de su bolsillo, mira alrededor, pero así como él es invisible para los otros, los otros son invisibles para él. Entra, cierra y asegura la puerta. Enciende la luz del living y oculta sus movimientos cerrando las cortinas. A través de la tela se cuela luz y también la voz de Francisco Sazo de Congreso: “Libre reirás/ Y como todos llorarás/ Y reirás/ Y como todos ganarás/ O perderás”.

El silencio en la calle es como una persona balanceando las piernas cuando frente a ella hay cinco kilómetros de caída. Una risita nerviosa en la cara. Miedo a todo y al mismo tiempo seguridad ante el porvenir. Impaciencia que detiene el corazón y que aísla cualquier ruido. La ganas de saltar ya rápido. Dejar de esperar. Ahora, ahora, ahora. La casa quieta, expectante. Pistones oxidados necesitados de movimiento.

Un queltehue cruza el cielo y es lo único que se escucha en la ciudad. Silencio. Comienza a llover

Unas cuantas botellas de vino sobre una mesa de mantel blanco que da señales que varias gotas han sido compartidas con él. Platos vacíos con restos de carne. Pan y pebre extintos. Padrastro, parado junto a la mesa, increpa a un garzón por algo inentendible. Balbucea ebrio y el receptor de su rabia, un cabrito de 25 años, lo mira nervioso. Madre, sentada, evita observar el espectáculo. Unas medallas de vino condecoran su único vestido de salida. Familias comentan lo que sucede. Suena el celular de la mujer, un Nokia ladrillo, y ella contesta con la lengua enredada. Padrastro tira un golpe desprovisto de puntería y termina en el suelo abatido por su propia fuerza. La mujer se levanta, lo insulta. “¿Aló? ¿Aló? Sí, sí, con ella (tapa el auricular) Párate hueón que nos están mirando (suelta el auricular) ¿Cómo? ¡¿Qué?! ¡Ay no, conchesumadre! ¿Cuál de las dos? ¡Párate, por la chucha, ¿Querí?!”.

Ya no llueve.

Veinte minutos después el agua ha limpiado el humo de las calles. Padrastro duerme en el asiento trasero del Datsun y la madre de Andrés, ocultando las manchas de vino con un raído echarpe, observa un limonero en un terreno vacío. Un bombero le habla y ella no despega los ojos del árbol. Le dice que recibieron un llamado por un incendio, pero cuando llegaron no había nada que apagar. “Mire, si pareciera que la casa la pescaron y se la llevaron completita. Pillamos esto no más”. La mujer recibe un dibujo y el hombre vuelve a sus labores. Los ojos mal maquillados observan la imagen bajo los es-

cuálidos focos chillanejos. En ella se ve un haz de luz que une la casa de El Tejar con el infinito. La mujer no entiende. Pasa un vehículo y desde el interior se escucha *Mama, I'm Coming Home*, de Ozzy Osbourne.

En el cielo nocturno la luna está tan delgada que ya casi desaparece, y junto a ella una luz tirita como lo haría cualquier estrella.

SARA

Lucas Ulloa Intveen

Lucas nació el 10 de agosto de 1994. Es estudiante de Periodismo de la Universidad de Concepción y actualmente vive en la comuna de Penco. Participó en esta convocatoria con el seudónimo de Saul Sensini. Entre sus aficiones se cuenta viajar, leer y hacer pan.

Enero y febrero son por excelencia los meses del año en donde las carreteras latinoamericanas se repletan de jóvenes viajeros, de esos que usan mochilas grandes y lucen harapientos, como si disfrutasen —y probablemente lo hacen— de mantener un look desahuciado, siempre con el pulgar hacia arriba, sosteniendo una sonrisa que le regalan a cada vehículo que atraviesan sus vistas, aún si estos ignoran de su existencia o, peor todavía, los desprecian y preferirían atropellar a cada partícipe de ese séquito de vagos antes de subir alguno a su automóvil. La carretera es un lugar en donde confluye un sinnúmero de personalidades, experiencias; a fin de cuentas, es un lugar en dónde existe un sinnúmero de posibilidades. Familias que viajan para olvidar su odiosa rutina en la ciudad y compartir los pocos días que les otorgan de vacaciones para disfrutar con sus seres queridos; camioneros que pasan su vida en la ruta y cuyo último deseo de cada noche que pasan en sus estrechas cabinas es regresar pronto a su casa, sano y salvo, ojalá sin novedad alguna, para abrazar a sus hijos y besar a sus esposas; aventureros que no aguantan más porque algo suceda, que aparezca el más destartado de los conductores y los lleven consigo a donde quiera que se dirijan. Este último es el caso mío.

Salí esa mañana de Comodoro Rivadavia en dirección a la Ruta 40, la famosa Ruta 40 argentina, esa que a tantos artistas a inspirado y cuyo icono abunda en cada ciudad turística de Argentina en distintas formas y colores, desde pegatinas hasta poleras (¡si incluso peluches he pillado!, imagínenlo, ¡peluches de la señalética de una ruta!, son unos fanáticos) y pequeños recuerditos para llevarse de regreso a casa. Estaba expectante de llegar

a aquella ruta que une toda la Argentina, de la que los argentinos mismos hablan con orgullo, “ché, esa es la que atraviesa toda la Argentina, vos cojés esa y llegás a cualquier lado”, decían, con ese acento tan propio suyo que incluso un extranjero que no hable español es capaz de reconocer.

Había estado avanzando rápido por la Ruta 26, me llevó un ingeniero muy simpático que no tuvo problemas en que durmiera en el asiento del copiloto de su camioneta, me lo ofreció luego de contarme uno que otro detalle de su vida. Era divorciado, los cuatro niños de su primer fracasado matrimonio vivían con él, salía con una novia diez años más joven y de plata no se quejaba. Me contó que se llevaba muy bien con sus hijos, que jugaban fútbol juntos en cada campeonato local que encontraran, eran hinchas de River. Paramos a rellenar con gasolina la camioneta en Sarmiento. Yo no contaba con ni un solo peso argentino –bueno, para ser sincero, chileno tampoco-, pero él se encargó de comprar una bebida para cada uno y unas galletas para que compartiéramos en lo poco que quedaba hasta la 40. Durante el trayecto me mencionaba lo peligrosa que era la Ruta 26 por sus cerradas curvas y empinadísimos quiebres de terreno. Me contó que ya llevaba 14 años manejando por aquella y que había visto muchísimos accidentes con muertos y todo, pero a él nunca le había pasado nada, se jactaba de sus habilidades al volante y ciertamente manejaba muy bien. Al llegar al cruce me dio algunas indicaciones bastante obvias, que debía ir hacia la derecha ya que hacia allá quedaba el norte, y él siguió su rumbo hacia el sur, iba hacia Río Mayo.

Me encontraba ahora en la Ruta 40 y mi primera im-

presión fue escuálida. Debo confesar que esperaba algo más de aquella, probablemente por la pasión con la que Ricardo Iorio cantaba sobre ella. Me adentré en la carretera y era inhóspita como ninguna, me costaba creer que esa fuera la magnífica 40, no había ninguna señalética, kilometraje, nada. Tuve que avanzar un resto caminando y cuando divisé a lo lejos un vehículo que se dirigía en dirección contraria, es decir hacia mí, le hice todo tipo de señales para que se detuviera y así poder preguntarle si acaso esta era realmente la 40. El tipo me miró desconcertado, “claro que sí, ché”, me decía, “andá, cojé unos cigarrillos, ten un buen viaje amigo”. Me regaló tres cigarros y un encendedor ya que yo no tenía. Al menos fue un buen recibimiento, me subió el ánimo y seguí con mi caminata ahora seguro de que estaba ahí, justamente donde precisaba estar: en la nada. El paisaje estaba compuesto de una inmensa llanura desértica sin vegetación, el viento arreciaba y silbaba desconocidas melodías mientras el Sol se mantenía firme y seco colgando en el aire. Estaba solo acompañado de un rebaño de ovejas a unos 100 metros míos, que se movilizaban cada vez que yo me aproximaba a ellas. Eran una bonita compañía, con sus esponjosos cuerpecitos y sus cortas patitas; no podría haber estado mejor, me puse a cantar fuerte como nunca, sin temor a que alguien se burlase de mi horrible canto y fui inmensamente feliz. Pasé un buen tiempo así, andando sin preocupación, dándome vuelta cuando escuchaba que venía algún vehículo para levantar mi pulgar sin mayores esperanzas. Después de unas horas me cansé y decidí descansar.

Los vehículos seguían pasando y nadie paraba, algunos tocaban la bocina como en señal de apoyo moral, como

si eso me ayudara a avanzar o me ayudara siquiera en sentido alguno; otros hacían señas de que iban hacia tal lado o “hasta ahí nomás”, pero era imposible, la carretera era una recta derecha hasta el horizonte infinito, la verdad es que la gente ha perdido la confianza, simplemente no confían y esto es un hecho terrible. Cuántas personas habrán querido llevarme pero por puro miedo no lo hacen, ese miedo que te hace titubear, que no te deja avanzar y que muchas veces te limita de hacer lo que realmente quieres hacer. Me entristecía pensar en eso, quisiera tener una forma de asegurarles que simplemente quisiera hacerles compañía, conocer sus historias, contarle las mías, compartir. Después de todo, el compartir algo nos hace humanos.

Mientras estiraba mis pies escucho una bocina a lo lejos: era un camión que me había parado. No lo podía creer, cogí todas mis cosas lo más rápido posible, tanto así que ni siquiera me puse zapatos simplemente los llevé en las manos y corrí hacia el camión. La sensación, la emoción que se siente cuando ves que alguien se detuvo luego de haber estado horas tirado es simplemente inefable. Es una chispa de energía que proviene desde el núcleo de nuestro ser y se extiende hasta cada extremidad llenándose de fuerzas para correr sin importar lo cansado que puedes estar, una sensación de satisfacción como pocas, es la razón por la cual uno sube sonriendo a cada auto que te levanta. Es una sonrisa.

El camionero era un chileno, se llamaba Roberto. Era un hombre robusto, tenía labios de guanaco, pobladas cejas y usaba el pelo corto. Es uno de los hombres más agradables que jamás haya conocido.

Me comenzó a contar su historia. Era hijo de campesinos, gente de trabajo y esfuerzo, valores que supo apreciar a tiempo y heredó de sus padres así como sus hijos los heredaron de él. Me contaba que era indispensable para él que sus hijos estudiaran y que por tanto había sido muy duro con ellos durante su crianza. Así y todo se enorgullecía de mencionar que tenía una hija psiquiatra, otra psicopedagoga y un hijo que iba a egresar de derecho este año, todos ellos hijos de un camionero, le gustaba hacer énfasis en ese hecho.

Sin embargo todo esto era una conversación trivial hasta que tocamos un tema que a él le fascinaba: las viejas. Así mismo me confesó que tenía una adicción por las viejas, que él durante su vida había estado con dos mujeres de su edad o menor (una de ellas, su esposa, por lo tanto él no la contaba), el resto de diez años de diferencia para arriba. Cuando tenía tu edad, me decía, me filaba viejas de 40', 50'. En un principio yo no sabía si me estaba hueveando o realmente me decía la verdad, pero el aseguró que era así y no entendía por qué me costaba tanto entenderlo. Sin duda un personaje genial y quise seguir escuchando.

Me dijo que tenía viejas en todos lados, una en Puerto Montt, otra en Punta Arenas, en Argentina mismo tenía otras cuantas repartidas por la provincias de Santa Fe y Chubut. Había pasado hace un rato por Sarmiento en donde tenía una vieja de la cual tuvo que arrancar y no volvió más. Oye cabro, me decía, si esa vieja estaba loca, pero loca, era loca por el pico, era ninfomaniaca, ¿conoces alguna así? ¿has estado con una mina loca por 'el que te dije'?. De esa tuve que arrancar, continuaba, porque la vieja me agarraba en la mañana y me tenía ahí todo el

día, con desayuno, almuerzo y cena incluidos y servicio a la cama, por supuesto. La vieja me atrasaba con la pega así que tuve que dejar de visitarla nomás. Yo escuchaba con atención las cosas que me contaba y no podía sino sentir admiración.

Hubo una vieja que me mató eso sí, debo decírtelo cabrito, me comenzó a contar. Yo tenía unos treinta años y llevaba madera en esos tiempos, troncos enormes, tú me entiendes, una carga pesada. De vez en cuando me pasaban astillas también y esas tenía que repartirlas por distintas partes. Una de esas era por ahí cerca de donde vives tú, camino a Lota. En las afueritas, cerca de un servicentro que hay por ahí había un viejo restaurant que lo atendía un matrimonio muy decente, hacían una bonita pareja, pero para que te voy a mentir, el viejo ese estaba cagado, y bien cagado déjame decirte. El viejo tuvo un accidente y andaba en silla de ruedas, así que como te imaginas, a la señora no le tocaba nada. Él tenía unos 50 y tantos, ella unos 40 y era una rubia estupenda, genial, tetona, las piernas grandes y ella flaca como un palo. O sea, te puedes imaginar la figurita esa y yo ahí, pasándole inocentemente astilla tras astilla mientras se me caía la baba (se reía).

Pasó el tiempo y yo siempre fui muy respetoso con ellos, ganas no me faltaban para hacerle de todo a la rusia esa, como era que se llamaba... ¡Sara!, eso es, me fueron agarrando cariño, el viejito sobretodo. Me invitaban a cenar, yo aceptaba y se creó una relación bastante especial, la que no duró mucho, como las cosas buenas de la vida. Pasa que un día le iba a dejar astillas, el viejo estaba guardado en la casa y Sarita va a mi camión a dejarme unos sándwiches para el viaje. Iba con un escote que ni te imaginas, esos que ya no se ven hoy en día. Bueno, la

hice pasar y pa' que te cuento, pasó de todo en la cabina, una parecida a la que tengo ahora, esa que está ahí atrás, me decía esto mientras me señalaba con su mano la cama que llevaba en la parte trasera de la cabina. Me despedí de ella, continuó Roberto, y le dije que no le mencionara nada a Don Claudio, por ningún motivo, ella me lo aseguró y se perdió en el restaurante.

Y así comenzó a suceder una y otra vez. Iba a dejarles madera, don Claudio me invitaba a comer, cenábamos los tres juntos, vino en copa, carne bien ahumada y sabrosa, una conversación amena; me despedía, Sara me iba a dejar al camión y nos revolcábamos en la cama como si fuese la primera vez cada vez que lo hacíamos. Ella gritaba como si fuera virgen, cabrito, te lo prometo, a mi me encantaba ella y su pelo rubio como el choclo, su piel suavcita, casi perfecta, con apenas unas arrugas leves en la cara, esas marcas que aseguran tanto haber reído como haber sufrido, mostraban delicadamente su vitalidad. La verdad no sabía cómo fuese a terminar todo esa aventura loca que estábamos viviendo, pero sabíamos que bien no iba a terminar, eso por ningún motivo. Pero me encantaba estar con ella, era una mujer con todas sus letras y, después de todo, el viejo nada le podía hacer, pobre de él.

Yo escuchaba todo esto con mucho entusiasmo y ni cuenta me daba de cómo avanzábamos en hora y distancia. Desde que me había levantado Roberto habían pasado ya 5 horas, habíamos avanzado casi 650 kilómetros sin darme cuenta. Estaba cerca, a una hora o quizás dos, de El Bolson, un pueblito chico, hippie a más no poder, que se encuentra al sur de Bariloche. Recuerdo que lo había visitado por primera vez hace unos dos años y me

enamoré del lugar, como muchos otros a los que visitado por primera vez, pero este era un tanto distinto, irradiaba una calma distinta, una tranquilidad en plenitud que lo diferenciaba de otros pueblos, como si allá nunca sucediese nada malo. Hacia allá me dirigía mientras seguía escuchando a Roberto que continuaba su historia con una habilidad narrativa excepcional (pareciera ser que los camioneros, acaso por sus largas horas de soledad en la carretera, generan una envidiable capacidad para contar historias):

Pasaron meses así, junto a Don Claudio y Sara, cenando frente a su chimenea siempre encendida, con las astillas que yo mismo les traía consumiéndose lentamente mientras yo masticaba mi filete. Al principio lo llevaba bien, era una buena aventura junto a ese, sin embargo con el tiempo se fue gestando una desagradable sensación en mi interior, como una enfermedad que iba creciendo sin mostrar síntoma alguno, pero que aún así me debilitaba, me deprimía. Lo conversé con Sara una noche, le comenté lo que me sucedía... me dijo que todo estaba bien, que a Claudio, su marido, no le molestaba nada, que él me estimaba muchísimo. Y yo conocía bien a Don Claudio, siempre me saludó de la mano con respeto, me encontraba un cabro trabajador, de bien, y a mí ya me estaba haciendo mal seguir haciendo eso, cagándomelo con su propia señora después de todo lo que él había hecho por mí y de cómo me había tratado, sin contar que era un hombre inválido. Me comencé a sentir mal conmigo, no me gustaba lo que hacía, pero Sara siempre estaba ahí dispuesta a seducirme sin importar las consecuencias. Y bueno, la carne es débil.

Una noche estábamos comiendo pescado a la plancha,

un salmón que Don Claudio mismo había pescado junto con algún amigo suyo (traté de imaginar a un inválido subiendo a un bote pero fracasé), papas cocidas de su huerta y una deliciosa ensalada chilena. Sara vestía preciosa, incluso se había maquillado, parecía una ocasión especial, incluso les pregunté si estaban de aniversario, pero solo rieron y no me quisieron responder. Hicimos varios brindis durante la cena y al finalizar Don Claudio me llamó a su habitación, un pequeño estudio que tenía. Jamás había entrado ahí, nunca me había hecho pasar. Tenía un escritorio robusto que parecía ser de madera finísima, ni me imagino cuanto le habrá costado, una repisa llena de libros, era una colección impresionante, después de todo en algo tiene que gastar el tiempo. En el techo colgaba una lámpara que parecía ser de otros tiempos, como de otro siglo, pero estaba apagada y la pieza solo era iluminada por una pequeña lámpara de escritorio que tenía bien acomodada junto a unos lápices y unas hojas medias garabateadas.

-¿Nunca habías pasado acá, no es así? –me preguntó Don Claudio, como si supiera de antemano mi respuesta.

- No, señor, nunca. Me imagino que usted se entretiene acá.

- Sí, bueno, un viejo como yo... quisiera mostrarte algo-me dijo esto y sacó un revólver de uno de los cajones del escritorio. Era un arma impresionante y yo casi me cago ahí mismo.

- ¿Don Claudio, qué significa esto? –le dije con voz titubeante y sin entender nada. Miré hacia atrás, casi de reojo, a ver si veía a Sara pero no se encontraba cerca, pare-

ciera que estuviésemos sólo Don Claudio y yo en la casa.

- Descuida, no quiero que te asustes, nada malo te va a pasar, no te haré daño. Me imagino que ya sabes de qué se trata esto, de lo que iremos a conversar- mantenía una serenidad envidiable, una seguridad que solo un hombre con un arma en las manos puede portar.

- No, señor, no tengo idea qué me quiere decir, pero no me parece para nada bien que saque un revólver y lo ponga así encima de la mesa como los mafiosos lo hacen en las películas.

- Te digo que nada te va a pasar, confía en mí. Se trata de Sara –cuando dijo su nombre mi corazón se detuvo y él se dio cuenta, se daba cuenta de cada uno de mis gestos como si estuviera analizando cada uno de mis movimientos y acaso no estuviese escuchando mis mismísimos latidos porque parecía que el corazón iba a estallar ahí mismo.

- ¿Qué pasa con la señorita Sara? –traté de disimular, pero fallé rotundamente, era un desastre en ese instante, cualquier cosa que dijera hubiera sido en vano.

- Ya corta con eso, puedo ser inválido y mi cuerpo no funciona pero la mente la tengo despejada y funcionando a la perfección, estúpido no soy. Sé lo que hay entre ustedes dos, lo sé hace meses, desde la primera vez que ocurrió. Sara a mi me lo cuenta todo. Quiero que sepas que estoy de acuerdo con eso, yo estoy viejo y además mi condición física me limita de acercarme a ella; ella, por otro lado, es más joven, necesita de alguien que le pueda brindar el cariño físico que yo no le puedo dar.

- No sé qué decirle, señor –en ese momento no podía

entender nada, jamás me hubiera previsto un escenario así. ¡¿Lo sabía desde la primera vez?! Todo este tiempo le habría estado mintiendo en su cara, por meses, en la mesa junto con él, bebiendo sus caras botellas de whisky y fumando sus habanos cubanos mientras él sabía que me revolcaba con su esposa a penas cesábamos con los tragos. Me sentía terrible, como el peor ser humano del mundo. Había engañado a un hombre que sentía respeto por mí, había engañado a mi misma esposa, aunque debo decir que esa infidelidad nada significaba al lado de la decepción que sentía en ese preciso instante por haber traicionado a alguien como Don Claudio, un hombre bondadoso, que probablemente nunca hubiera hecho algo así.

- Nada tienes que decir, te lo digo, todo va a estar bien, yo prefiero que esté en la cama contigo, un joven trabajador que con algún borracho desquiciado que le podría hacer daño. Yo a ella la amo y no quiero que nada malo le pase, solo quiero para ella la felicidad, en todos los aspectos, incluso en aquellos que yo no puedo alcanzar. El revólver que está acá es un regalo, quiero que lo tengas. Es un arma muy valiosa y antigua, fue entregada a mí por un amigo de mi abuelo, un hombre que combatió en la Segunda Guerra Mundial y que con esta arma asesinó a cuánto nazi se le cruzó. Quiero que la guardes y la conserves como un símbolo.

- Esa arma debe costar una fortuna, ¿está seguro de que quiere hacer esto Don Claudio?

- Por supuesto, ya llévatela y sal de la habitación ahora mismo. Guarda el arma y ve con Sara, te está esperando en el camión con los sándwiches de siempre. Le pedí que

se arreglara porque esta es una ocasión especial.

En ese momento me fui sin mirar atrás. Entré al camión y no le comenté lo sucedido a Sara, que se encontraba en mi despacho completamente desnuda, esperándome. Hicimos el amor, pero yo me encontraba ausente y sé que ella lo notó, pero aún así no dijo nada. Se despidió de mí como cualquier otra vez y yo encendí el motor para volver a mi casa.

Pese a lo ocurrido, volví un par de veces a la casa, como un criminal vuelve a la escena del crimen. Charlábamos normalmente, actuábamos como si nadie supiese nada y como si nada nunca hubiera sucedido. Yo no pude seguir con eso y luego de una última vez que estuve con Sara, no volví más a aquél restaurante. Ha sido una de las veces que más fatal me he sentido en toda mi vida, imagínate que hasta el día de hoy lo recuerdo y te lo voy contando después de 30 años de haber sucedido. Nunca, hasta el día de hoy, me sentí tan mal, tan sucio, tan deshonesto conmigo mismo. Despertaba en la mañana y no me gustaba el hombre que veía frente al espejo, si de verdad estaba mal, pero tuve que salir adelante solo, no lo podía hablar absolutamente con nadie y esa era mi mayor prisión.

Roberto guardó silencio cuando terminó el relato. Había oscurecido completamente y la Luna se reflejaba sobre el capó del camión, el cielo estaba despejado y repleto de estrella que pululaban por el espacio sideral. Mientras miraba por la ventana pensaba en todas las ‘viejas’ que conocía, interesantes posibilidades, pensaba para mi interior y reí. Roberto me preguntó de qué me reía, le comenté mi pensamiento y estalló en carcajadas. Era un tipo muy alegre pese a esa triste brisa que lo había inva-

dido los últimos minutos. Comenzó a darme algunos tips y a repasar los pro' y los contra de meterse con una vieja. Me reía de sus curiosas observaciones: a una vieja no la vas a dejar embarazada, no te va a pedir pensión por los hijos, incluso puede que te de ella plata a ti, eso si tienes que hacer bien la pega. Recuerda siempre hacerle alguna observación sobre cómo se ve, eso les fascina, algo sobre sus ojos, su cabello o su sonrisa, poquito a poquito vas a ir ganando territorio y un día ni te darás cuenta cuando estés metido en la cama de algún amigo tuyo.

Cuando llegué a mi destino me dolió separarme de él, pero debíamos continuar nuestros caminos. Me estreché fuerte la mano y me deseó un feliz viaje. Se inmiscuyó en la oscuridad con su camión, lejos y solo, y continuo rumbo al norte recordando su antigua cabina.

EL VIEJO

Valentina Paz Quiroz Quijada

Valentina (22 años) se encuentra cursando el tercer año de Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad de Concepción. Oriunda de Chiguayante, o en su voz mapuche, Chiguay Antu “Niebla de la mañana”, es dibujante, escritora a ratos, amante de la literatura y fanática del cine de mafia y la ciencia ficción. Este año cursó el taller de Escritura creativa en Balmaceda Arte Joven, impartido por la escritora Damsi Figueroa.

Me molestaba esa homofobia. La facilidad con la que se salían las palabras, labradas por la costumbre y nutridas por la creencia interna de que sus pensamientos siempre eran los correctos.

-Se está llenando de fletos

Así era mi padre. Con el control en la mano, la mirada vidriosa, entre perdida por tantos años de miopía, se quejaba frente al televisor. Lo usual era que si no estaba en el trabajo, se encontraba en el comedor viendo tele. Miraba series, como las que dan en el HBO, o películas en sepia de vaqueros rubios y gringos. Pocas veces miraba los canales nacionales, si no era para ver noticias, y a pesar de que usaba el cable, de los quinientos canales que tenía se turnaba la vista entre unos contados.

Aún así nunca pensó que fuera un costo innecesario.

Pero su único vicio y relajo, no tardó en volverse en su contra. Con el tiempo, se llenó de imágenes de ortos deshollinados, besitos con barba picuda, que el chiquillo coqueto con polola en realidad le hacía ojitos al mejor amigo. Temáticas dignas de un poema de Lemebel.

-Se está llenando de fletos

Repite. No es la primera ni última vez que le escucharé decir.

-Igual que el Ricky Martin, que más encima nos engañó a todos.

Decía con indignación. Siempre que salía el temita gay a colación, él aprovechaba de recordarnos lo ofendido, personalmente engañado que se sentía, porque después de tantos años Enrique Martín Morales, alias Ricky

Martín, se había destapado como parte de la población homosexual.

Con tan mudo rencor lo decía, que siempre me terminaba dando gracia y perdonaba al viejo mentalmente.

Así es él. Me decía a mí misma. Es mi papá.

Y cambiaba de canal refunfuñando por lo bajo. Pitufito gruñón le decía mi mamá. Retándolo con cariño.

Tanta paciencia que le tenía mi querida mamá, mi dulce madre.

Sólo con los años me di cuenta que no era tan dulce como yo la idealizaba. Mirándola con mis ojos de niña admiraba fanáticamente a la Diosa Madre. Ese arquetipo inconsciente diría Jung, aquel imago ilusorio e infantil que se destruye al descubrir las torpezas de nuestros progenitores. La magia se rompió temprano, desgarradoramente. La telita imaginaria que cubría mi virnigal mirada sangró y sangró por décadas, con un doloroso rencor que lo cegaba todo, negándome a sanar.

Ciega a aceptar sus pequeñas mentiras. Como el día que llegué antes del colegio y la sorprendí en el patio fumando con mi tía. Ciega a aceptar su humanidad. Como el día que intruseando en el velador de su pieza, encontré una caja de condones.

Ciega con ella, ciega con él. Sobre todo con él, mi papá.

Él nunca supo cómo entregar su cariño, con tímidos balbuceos y mínimas gesticulaciones me felicitaba por algún trabajo, alguna buena nota o por mi cumpleaños. La mamá era la cariñosa, eso dictaba la costumbre de nuestra

sociedad castrada, donde los hombres no debían mostrar más emociones de las necesarias o si no se les asomaba la cola. Lo coliza. Así, mi papá se desembarazaba del asunto, sintiéndose satisfecho con traer el pan a la mesa.

Eso le pesó mucho a mi hermano, quien en un estrangulado abrazo, expresaba su inconformismo puberto repartiéndole combos punketas a la figura paterna. Su necesidad de cariño y atención tocaban la balada del mosh sudado, trasnochado por la chela barata, en algún rincón sombrío de la tocata más pobre y penca de Concepción. La polera de Los Ramones, osino la de Rancid, la más charcha que consiguió por cinco mil quinientos en el Boulevard Gascon. El mohicano old school, la frase rayada a simple plumón bic que tantos cachuchazos le costó, pero no le importaba, si más se enfadaban mejor, violencia gratuita todo para deletrear White trash nazi poser give it up you fuckin loser. Y los pantalones desteñidos, destilando por horas en el cloro y como quien tuviera una aguja e hilo se convertía en costurero, apitillando esos jeans desgastados por horas, bajo la luz de las manos inexpertas.

Una vez se le ocurrió vestirselos sin lavarlos, sin quitarle el cloro primero.

-Pero hijo, tienes los muslos rojos como pancora

-Eso te pasa por andar haciendo hueás

Su carne parecía la de un pollo despellejado, pidiendo a gritos un paño húmedo y helado. Y a pesar del comentario despectivo de mi papá, ambos progenitores ayudaron diligentes a desvestirlo para poder curar esas piernas machucadas.

Entonces en ese momento todo se olvidaba. El corte de pelo que le valió la suspensión en el colegio, el piercing hecho a escondidas y que terminó por infectarse, los jeans rotos intencionalmente, nada de eso importaba mientras ayudaban a su hijo a curar la herida.

Y mi papá parecía más un papá. Cariñoso, quizás real. La imagen que teníamos nosotros de cómo debía ser un papá. Quizás mi hermano estaría rememorando algún recuerdo de su niñez, ingrátido, casi olvidado, al observar tan concentrado la ayuda que le prestaba.

Pero había días en que las cosas no iban tan en calma. Tardes en las que mi corazón sudaba frenético por esos gritos martillantes. Noches en las que me dormía con un llanto mudo apegando el rostro a la almohada. Mañanas en las que mi pecho amanecía apretado por la angustia, esos ojillos arrebolados que de camino al colegio se aguantaban las ganas de llorar como bebé, no frente al tío del furgón, ni frente a la profe, ni frente a mis amigas. Sólo en el baño, donde me encerraba en el enorme cubículo, ahí me sentía a salvo, y mi nariz moquillenta soltaba toda su mugre mientras yo lloraba y lloraba.

Por eso años después apreto mis labios hasta formar una línea, pálidos, intransigentes, al observar la indulgencia con que siempre hablaba mi mamá, mimando a todos. A veces esos recuerdos de noches turbulentas y gemidos tiritones llenaban mi cabeza, tanto que en la once diaria no podía comer bocado, tratando de comprender qué hacíamos todos sentados a la mesa como si nada pasara.

Era un sin sonido esquizofrénico. Apabullante. Algo se había roto, alguien me había hecho daño, y de pequeña

nunca había obtenido respuesta.

-Cállate, deja de llorar

Ni una explicación.

Pero no podía dejar de llorar. Y mi mamá solo miraba, desde lejos, como si del otro extremo de la mesa se encontrara en un universo distinto, para ella sólo le correspondía ser testigo.

Y el bla bla del televisor me volvía loca, y mi hermano masticando con la boca abierta, y mi papá diciéndome que me sentara bien, y el otro huevón ordenando como si ella fuera nana que hazme un pan, que con qué lo quieres, mortadela, no hay, puta la hueá, hay mantequilla, no quiero, nunca hay nada en esta casa, y por la chucha, por la chucha...

Entonces cambiaba la sintonía fletanga, buscando otros canales, deteniéndose en el canal regional.

Achicó la mirada, extendiendo el rostro como perro sabueso, tratando de enfocar mejor la figura frente a su rostro.

-Y este cura facho, aparece para decir puras tonteras

-¿Ese es el Medina? ¿Con qué salió ahora?- preguntaba mi mamá, desde la otra pieza.

-Dice que algunos actos fueron pedofilia, y otros no. Que los cabros eran grandes, que sabían. Las hueás que dice ¡Pa' puro defender al Karadima!

-Así son, se defienden entre ellos nomas. Se cuidan las espaldas.

-Son una mafia estos curas. No me extraña que el Medina fuera tan amigo del Papa este, que vino a Chile pa' l 87'

-¿El Juan Pablo II?

-Sí, ese, el que le hizo la desconocía' a la Carmen Gloria

Y así seguían. Podían seguir por horas, no solo él, mi mamá también se enardecía avivando el fuego con palabras exaltadas, exclamadas a tropicones, maldiciendo a este país cochino, traicionero, que le prometió una alegría pospuesta por la hipoteca del crédito universitario que a más de 15 años aún no termina de pagar ¿Y para qué? ¿Para un sueldo miserable de profesora, que apenas le alcanza para darse un gusto al mes, una cajetilla de cigarros que fumaba en el patio trasero, cuando creía que todos estaban en las salas? ¿O para recibir una jubilación que tenía postrado a su padre, mi abuelo que no veía hace años, incapaz de pagar los remedios que necesitaba porque su sueldo eran doscientas lucas líquidas?

Por eso preferíamos no sintonizar los canales nacionales. Por eso cada vez evitábamos más seguido las noticias. Escuchar los informes periodísticos de la una era una cantata fúnebre que se burlaba de todos los trasnoches en los que como hormigas serigrafeaban cerca de mil panfletos, arriesgando su integridad física para empalear las calles en alguna marcha llena de adolescentes pipiolos. Por eso se les calló la cara cuando Evelyn Matthei, hija del Generalísimo Fernando Matthei Aubel (que para el once de septiembre se tomaba un cafecito con los chiquillos de la Junta Militar); esa Matthei, con su sonrisa impecable, dientes lustrosos y derechos, con un bronceado a lo pretty woman de lo más inn, todo ese paqueti-

to impecable salido de Clínica Alemana burlándose en la televisión al anunciarse electa Diputada, y luego re electa. Después Senadora, y nuevamente lo mismo.

Por esas noticias irrisorias, incomprensibles, que parecían suceder solo en este país, como cuando entraron a robar a la casa del Ministro de Justicia o el sueldo de invalidez para los milicos fachos alegando “estrés post guerra” entre tanta guerrilla roja y subversión. O el Johnny Herrera, quien probablemente entre los aplausos del público había olvidado la imagen de aquellas tripas desparramas en la acera, estirpadas de una embestida por sus involuntario ciento cincuenta kilómetros por hora. El Johnny, quien seguramente salió de la misma disco que Martincito, ay Martín, porque aunque formara parte del mismo club curahuilla, el pobre no tuvo el mismo apoyo de la gente, ya que él no andaba anotando goles para darle algun sentido a las endeudadas almas chilenas. Martín era hijo de político, tenía que ser una mala persona. Mas encima cuico, no, no, cómo podía estar libre ese asesino. No como el Johnny, que aún que a pesar de haber matado a alguien, volvió a manejar curado y sin licencia, pero él se sentía mal, muy mal y los chilenos se sobaban las espaldas recordando que todos cometíamos errores.

Por eso y mucho más pactamos tácitamente nunca más sintonizar las noticias.

Entre tanto comentario zurdo del viejo, me sorprendí a mi misma al concluir mentalmente que aquella personalidad aguerrida era lo que más admiraba de él. Tenía ñeque, y del bueno. Sin darme cuenta, esa empezó a ser la cualidad con la cual descartaba o no si una persona tenía algo interesante que decir. Un alma inquieta, en cualqui-

er sentido posible. Se volvió mi única fijación edípica, ya que si me topaba con algún chiquillo con un mínimo parecido a mi padre (mal carácter, orgulloso y reprimido) salía huyendo al convento más cercano, encerrándome en mi fortaleza de atriles y libros, viviendo como anacoreta y contando los días para que me llegara la regla.

Y no me molestaba sublimar mi energía sexual en horas de dibujos salpicados de tinta y sudor. Aunque perpetuara la leyenda urbana de mis supuestas preferencias por amasar tortillas, si nos centabamos a tomar once y el susodicho pololo no era capaz de sintonizar con la eterna diatriba de mi papá contando esa vez que tuvo que caminar por la vía del tren, atravesando todo Chiguayante a pata durante el toque de queda, se iba con una patada en el trasero a la casa. Next.

Así era el papá, tenía sus luces y sombras.

A veces se estaba bien con él, a veces mal. Había que aceptarlo. Por eso me decía a mí misma es mi papá.

Con el tiempo dejó de ser el papá, para llamarse el viejo.

Y pasan los años. Un día vamos a la playa, mientras todos duermen echados a pata suelta en la arena, yo sigilosa saco la tinta china artel, la plumilla desgastada, y mi cuaderno de dibujo ajado. Mi viejo, que finge dormir, abre un ojo y me espía de soslayo.

Al rato después, poco antes de partir, me pregunta si puede ver lo que dibujé. Si querí, le respondo.

Lo observa detenidamente. Y yo hago que miro a otro lado, como ordenando mis cosas. Y me lo devuelve, me

devuelve ese cuaderno amarillento, sin decir nada, ni una palabra. Se va con el quitasol al hombro y las toallas en la mano. Para mí la destartalada croquera que me entregó parecía más un viejo cuaderno sin gracia alguna.

Pero es mi viejo, y lo quiero como es. Siempre lo quiero, pero hay días que lo quiero más.

Como aquella vez, en el cumpleaños de mi abuela. Cuando entre risotadas de tíos borrachos, mi abuelo preguntando que para cuando el pololo, mi prima chica, antaño mi mejor amiga, mirando el celular por horas y horas sin interactuar con nadie, y mi hermano desaparecido, probablemente escabulléndose en alguna fiesta local. Busco a mi mamá por encontrar un respiro, para tener una conversación normal, quejarme un rato, pelar juntas a la tía Mabel por ser tan desubicada, y reírnos de los remedios caseros de la suegra aconsejada personalmente por la Pilar Sordo. Entre que la buscaba y no la encontraba, me topé con mi viejo.

-Mira el dibujo que hizo en la U

Se agachaba un poco, para que mi abuela viera bien claro la pantalla del celular que sostenía, muy cerca de su rostro, pero lo necesario para ayudar a esa miopía de patente familiar.

Mi viejo se reía exhibiendo sus escasos dientes, sus tapaduras negras relucían entre las palabras emocionadas que le escupía a su anciana madre. Quico, era como un niño chico sacando pica.

Cuando me pidieron sacarle una foto a la familia de mi tía junto con la cumpleañera, conspirativamente le pedí

el celular al viejo. Nadie supo que, en secreto, no había de felicidad en mí, luego de observar la foto que tenía de un retrato en carboncillo que me valió mi primer (y único) siete en la Universidad.

Así es él.

Y pucha que quiero a mi viejo, pucha que lo quería.

Y al fin comprendí ese mantra que me repetía tozudamente. Tenía que quererlo como era. Porque él me quería a mi tal cual yo era. Tantas tonteras que el viejo me había tenido que aguantar. Yo sabía, siempre lo supe. Cada tarde que llegaba a mi casa después del colegio, que me encerraba en mi pieza a dibujar, o cuando salía con mi ropa marimacha, sin depilarme, el pelo grasoso y despeinado, y él me miraba de reojo, a lo lejos, despidiéndose desde la cama de su habitación en penumbra. El viejo no decía nada, aunque por un tiempo lo dijo. Pero me aceptaba, llegó a aceptarme. Me dejó hacer lo que quise, que me vistiera como se me levantara la raja, que defendiera la predica pseudo feminista que se me ocurriera. Con un discurso sesentero y mi cinismo de los noventa, la generación mimada de la Concerta. Total, era su hija, y él sabía que tenía que quererme como era.

Y recuerdo cuando yo era pendeja, un punto en la tierra de ojos chinos con corte de pelela, jugando en la silla giratoria de su oficina. O cuando llegaba del trabajo, y me traía impresiones de dinosaurios, flores, personajes disney, sobre los que yo me pasaba horas coloreando recostada en mi guata rechoncha de nueve años.

Cuando mis manitas pitufas reclamaban su regalo diario, adueñandome de aquellas hojas de un paraguazo. Ter-

minó por quedarse sin ideas, trayendome finalmente solo hojas en blanco. Así nacieron mis primeros trazos. A él se los debo.

Y recuerdo las bolsas de sunny que me traía. Los empolvados, los alfajores artesanales. Kilos de castañas que me compraba en la feria, y que luego yo llevaba en una bolsita ziploc de colación al colegio.

O los discos repetidos de Los iracundos en la radio del auto. Que ese ya lo escuchamos, sí, a Los ángeles negros igual. Que ponte los Beatles, a la mamá le gustan. Esos hippies de nuevo. Sí, esos hippies.

Y recuerdo..., recuerdos, muchos recuerdos. Imágenes que con el paso del tiempo he olvidado, a las cuales me aferro como si despertara de un sueño. Inalcanzables.

Todos me dicen que no tengo que pensar. Que no hay que buscarle la lógica, las cosas pasan y ya. Otros me dicen que es necesario el duelo, que la sufra ahora, que lllore a concho. Yo me digo que ya estoy mayor, ya soy grande, lo puedo aceptar. Siempre terminamos aceptando las cosas ¿Así son no?

Siempre me lo repito. Pero entonces, no puedo evitar que se me empañen los ojos, cuando en un cómplice acorde de la radio, resuena la melodía de Pégate, y me dedico a escribir estas palabras deseando con toda mi alma volver a escuchar a mi viejo quejarse de que Ricky Martín nos engañó a todos...

ÍNDICE

Prólogo 5

POESÍA

1er lugar,	<i>Camino</i>	9
	Eric Ariel Mercado Guardiola	
2do lugar:	<i>Del amor al desamor en fragmentos de tus partes</i>	19
	Paulina Paredes Vejar	
3er lugar:	<i>El machitún</i>	31
	Juan Neculqueo	

Menciones honrosas:

	<i>Inventario de rostros y otros poemas</i>	36
	Nelson Moncada Saavedra	
	<i>La oscura fosa de la memoria</i>	44
	Felipe Burgos Becerra	

NARRATIVA

1er lugar	<i>Nuevas esquirlas rompiendo la tranquilidad de la nación</i>	62
	Yessenia Márquez	
2do lugar	<i>La Bicicleta</i>	70
	Valentina y Lissette Arteaga	
3er lugar	<i>Añoranza</i>	80
	Nicolás Hermosilla Wandersleben	

Menciones honrosas

	<i>Las mujeres que debiste haber abortado</i>	96
	Cecilia Ananías	
	<i>Quiero Escribir</i>	108
	Aníbal Olivera	
	<i>Es hora de retornar</i>	115
	Dagoberto Flores Venegas	
	<i>Sara</i>	125
	Lucas Ulloa Intveen	
	<i>El viejo</i>	139
	Valentina Quiroz Quijada	

Nuevas Esquirlas

Ganadores

Premio Alfonso Alcalde

3^{er} Concurso Regional de Creación Literaria

Ediciones Balmaceda Arte Joven/ Al Aire libro 2.0

Octubre 2016

Pasaje Pablo Neruda 12

Galaxia de Tomé

alairelibro.blogspot.cl

darwinrodriguezsaavedra@gmail.com

Editor